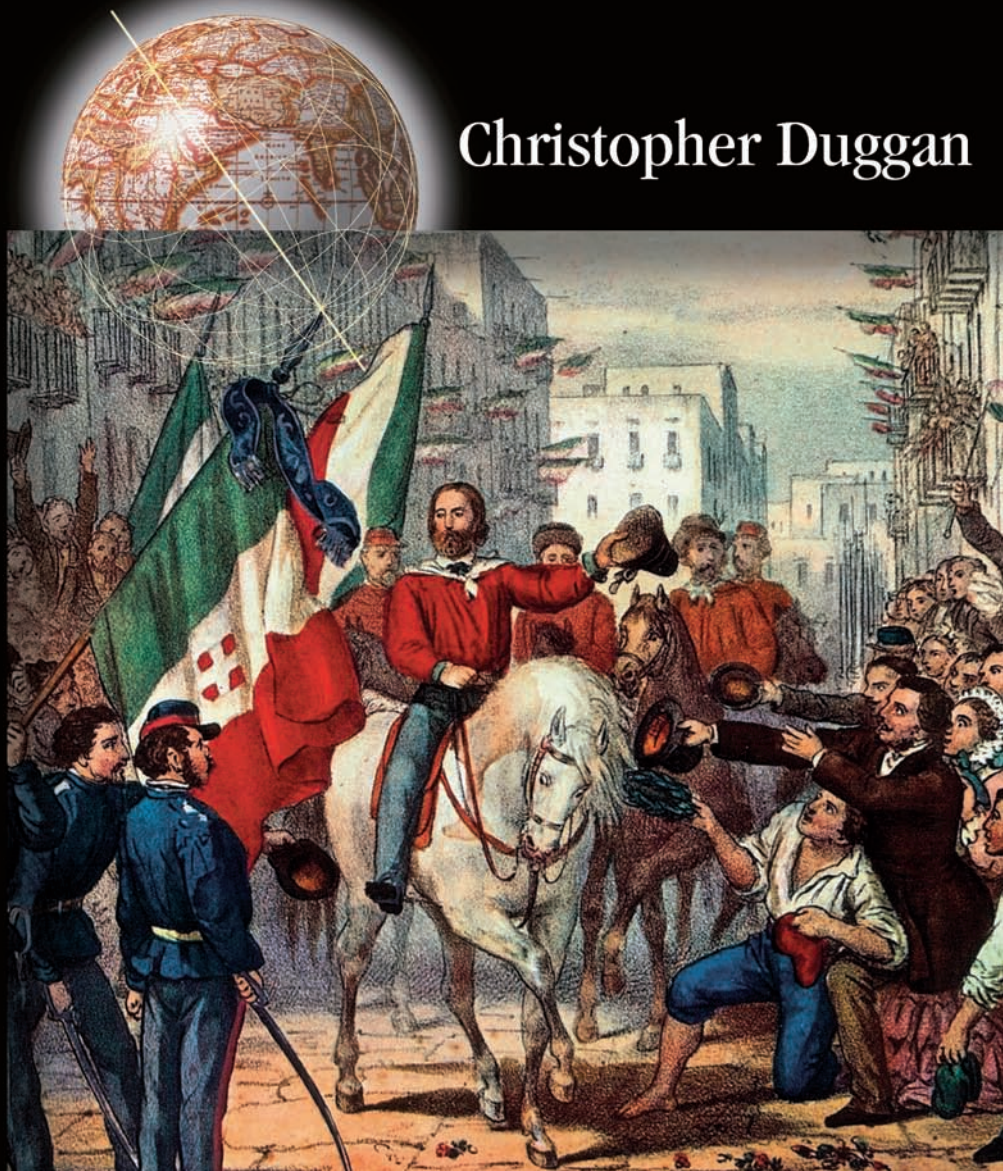


AKAL

2.^a EDICIÓN

HISTORIA DE ITALIA

Christopher Duggan



manera nada espectacular de 41 a 79, parecía justificar este aspecto. No obstante, el relativo éxito de los liberales había dependido en buena parte del catolicismo organizado. Los católicos no contaban con ninguna maquinaria de partido con la que hacer frente a la nueva masa electoral, y los viejos instrumentos del clientelismo y la injerencia prefectoral no servían (al menos en su forma actual) para asegurar-se el voto de la clase obrera o incluso de la pequeña burguesía.

Pero por encima de todo todavía seguía existiendo el problema de qué representaba el Estado liberal en Italia. El periodo giolittiano coincidió con un importante auge de la economía, pero el grueso de la población, sobre todo en el sur, había quedado al margen de los cambios. Incluso los sectores de la clase media urbana que sí se habían beneficiado iban a mostrarse escépticos hacia 1914, dada la militancia socialista, sobre el éxito político del «progreso» económico. Sin sus reivindicaciones materiales, ¿qué podía representar el liberalismo italiano? «No podemos ofrecer el Paraíso celestial, como nuestros colegas católicos», declaraba en 1913 un destacado liberal, Antonio Salandra, «ni podemos ofrecer un Paraíso terrenal, como nuestros colegas socialistas». En vez de eso, afirmaba, «la verdadera esencia del liberalismo italiano es el patriotismo». Salandra llevaría a Italia a la guerra en mayo de 1915 precisamente de acuerdo con esta creencia.

ITALIA Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

El estallido de la Primera Guerra Mundial a finales del verano de 1914 no contó en Italia con un apoyo generalizado a la intervención. Italia seguía siendo, en teoría al menos, aliada de Alemania y el Imperio austrohúngaro en la Triple Alianza, que se firmó por primera vez en 1882 y se renovaría de forma más o menos regular a partir de entonces. Pero Austria había declarado la guerra a Serbia sin consultar a Italia, contraviniendo de este modo los términos del tratado, por lo que el gobierno italiano consideró que no tenía ninguna obligación para con las Potencias Centrales y decidió permanecer neutral por el momento. Esto, al parecer, respondía al sentir popular en el país, pero en realidad no satisfizo a nadie. Algunos afirmaban que, si Italia permanecía neutral, sería excluida de cualquier reparto territorial futuro, y esto, sobre todo en el caso de los Balcanes, podía tener consecuen-

cias desastrosas. Otros opinaban que Italia debería tomar parte en la guerra por razones internas, y que esta u otra guerra contribuirían a la formación de la nación.

Entre los partidarios más fervientes de la guerra –aunque no terminaban de ponerse de acuerdo respecto a qué bando había que apoyar– estaban los grupos de intelectuales que se habían identificado desde principios de siglo con la «revuelta contra el positivismo» y habían estado firmemente en contra de Giolitti. Los futuristas habían declarado ya en un famoso eslogan que «la guerra [era] el único remedio para el mundo», y Marinetti acogió con satisfacción el estallido de la confrontación en 1914, calificándola como «el más bello poema futurista jamás escrito». Los nacionalistas veían la entrada de Italia en la guerra como un medio de afirmar a «la nación» frente al Parlamento y, si fuera necesario, «destruir[lo], echar de sus escaños a los malversadores y limpiar, con fuego y acero, las madrigueras de los procuradores». Muchos intelectuales vieron en la guerra la oportunidad de crear una comunidad nacional y acabar así la obra del *Risorgimento*.

Sin embargo, entre los partidarios de la intervención no estaba sólo la derecha política. También en la izquierda había quien pensaba que Italia debía sumarse a la contienda. El demócrata y exsocialista Gaetano Salvemini opinaba que la experiencia de una guerra haría que el italiano medio fuera más consciente políticamente y, por tanto, más comprometido, de modo que se rompía con el poder de las viejas elites, sobre todo en el sur. Mucho más a la izquierda había un sector de sindicalistas y anarquistas que opinaban que la participación en la guerra podría crear las condiciones idóneas para una revolución, visión esta que también era compartida por algunos en el seno del PSI, concretamente por el editor del principal periódico del partido, el brillante pero volátil periodista Benito Mussolini. En el mes de octubre de 1914 Mussolini se declaró abiertamente a favor de la intervención, lo que le costó la expulsión inmediata del partido.

Los «intervencionistas» eran muy activos y estaban dispuestos a hacer uso de casi cualquier medio para forzar la entrada de Italia en la guerra. Sin embargo, nunca pasaron de ser más que una minoría. El PSI se mantuvo fiel a sus demandas en favor de la neutralidad, siendo el único partido socialista de Europa occidental en hacerlo. En general, los católicos, al igual que la mayoría de los diputados liberales, estaban en contra de la intervención. En una famosa frase, Giolitti mantuvo que

Italia podía asegurarse «muchas cosas» negociando su neutralidad con las otras potencias. La mayoría de los empresarios tenían la interrupción que la guerra podía ocasionar, aunque también les preocupaba que, si Italia se mantenía al margen de la guerra, podía verse privada de importaciones de materias primas que eran de vital importancia para el país, procedentes principalmente de Francia y Gran Bretaña.

Al final Italia se vio metida en la guerra como resultado de una serie de pactos secretos que el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores hicieron a espaldas del Parlamento y de los que ni el ejército o incluso, aparentemente, el rey tenían conocimiento. Cuando a principios de mayo de 1915 quedó claro que Italia había tomado partido por Francia y Gran Bretaña, hubo una gran protesta. Unos 300 diputados le dejaron su tarjeta de visita a Giolitti en señal de apoyo a la no intervención. Pero ya era demasiado tarde. Echarse atrás ahora habría significado una pérdida de prestigio desastrosa. Futuristas, nacionalistas y otros intervencionistas, entre los que se encontraba Mussolini, protagonizaron una serie de ruidosas manifestaciones a favor de la guerra: la «nación» había hablado. El rey se sometió a lo inevitable e Italia entró en la guerra.

Los sucesos de mayo de 1915 vistos desde la distancia del tiempo parecen haber marcado un cambio decisivo en la historia de la Italia liberal. Mussolini, Gabrielle d'Annunzio y otros destacados partidarios de la intervención se atribuyeron el mérito de que Italia se hubiera sumado a la contienda, algo que se había logrado, decían, en contra del Parlamento y de otros muchos enemigos de la patria, sobre todo los socialistas. Se trataba, decían, de una revolución: la «Italia real», la de la calle, la de los ideales heroicos y el patriotismo, había triunfado sobre la «Italia política», la Italia de los políticos corruptos, egoístas y cobardes. La verdad, sin embargo, era que la inmensa mayoría de los italianos había acogido la intervención de Italia en la guerra con silencio, un silencio que probablemente no entrañaba tanta hostilidad o hasta indiferencia como resignación.

Durante los tres años y medio siguientes cerca de 5 millones de italianos fueron llamados a filas, y más de 600.000 perdieron la vida luchando en las trincheras en las estribaciones alpinas de Friuli y Trentino. La mayoría de los soldados del frente eran campesinos, sobre todo del sur, y para casi todos ellos la misión italiana de asegurarse frente a Austria los territorios «no redimidos» del sur del Tirol y de Istria debía de haber sido algo totalmente irrelevante. Las condiciones



Figura 26. Los futuristas en paz y en guerra. Arriba, los artistas Carlo Carrà y Umberto Boccioni (sentados). Tras ellos, de izquierda a derecha, los escritores Palazzeschi, Giovanni Papini y Marinetti, en 1914. Abajo, Marinetti (*izquierda*) y los artistas Antonio Sant'Elia (muerto en 1916), Luigi Russolo y Mario Sironi, en el frente de los Alpes del nordeste, 1915-1916.

en el ejército eran duras, incluso para esa época: la comida era mala, la paga bajísima y los permisos se limitaban a 15 días al año. La disciplina también era dura: se fomentaba la práctica de las ejecuciones masivas cuando no se podía encontrar a un culpable, y entre 1915 y 1919 casi 300.000 soldados fueron llevados ante un consejo de guerra, acusados principalmente de desertión.

La moral estaba baja, lo que contribuyó a la humillante derrota de Italia en Caporetto en octubre de 1917, militar y políticamente el episodio más perjudicial para Italia, cuando el Véneto fue invadido y cerca de 300.000 soldados italianos fueron hechos prisioneros. No obstante, no todo el mundo tuvo experiencias negativas en la guerra. En concreto, entre los oficiales más jóvenes (y sobre todo personajes como Mussolini o Marinetti, que habían sido intervencionistas activos) existía a menudo un fuerte (y aparentemente continuo) sentimiento de que la guerra era algo heroico y que valía la pena. Esta actitud era en buena medida política y provenía de la necesidad de justificar la decisión de participar en la contienda, además de constituir una reacción frente al neutralismo del PSI y la postura equívoca de muchos liberales.

Aquí precisamente residía la tragedia política de la guerra. Lejos de remediar las desavenencias que tanto amenazaban a la estabilidad de la Italia liberal antes de 1914, la experiencia del periodo 1915-1918 sólo sirvió para fragmentar el país más que nunca. El PSI estaba ahora irremediablemente excluido del espectro constitucional. Por otra parte, la desconfianza y el odio del Vaticano se vieron acentuados cuando el papa declaró que la guerra era una «matanza inútil» (algunos generales opinaban que había que colgar al papa), y al gobierno le llovían las acusaciones por no haber podido acabar con los derrotistas (el PSI). Además, el hecho de que el ejército insistiera en proseguir la guerra sin la intromisión de los políticos (a partir de agosto de 1916 se prohibiría cualquier presencia de políticos en la zona de guerra) implicaba que el Parlamento se llevaría muy poco mérito o prestigio de una posible victoria. Los militares también culpaban incluso al gobierno cuando las cosas iban mal.

Al gobierno, por tanto, siempre «le tocaba bailar con la más fea» y, a pesar de algunas enérgicas iniciativas llevadas a cabo por el nuevo primer ministro Orlando, tras Caporetto la clase dirigente italiana y sus instituciones liberales salieron de la guerra con su reputación probablemente más dañada que mejorada. Este fue un hecho desafortu-

nado y en muchos sentidos también injusto, puesto que la forma en la que el país había afrontado las demandas de producción impuestas durante tres años de guerra eran poco menos que milagrosas. Por ejemplo, Italia había comenzado la contienda con apenas 600 ametralladoras, y la terminó con 20.000. Hacia 1918 contaba con más artillería pesada sobre el campo de batalla que Gran Bretaña, y su industria aeronáutica había pasado prácticamente de la nada en 1914 a producir cerca de 6.500 aviones en 1918, con una mano de obra que se cifraba en 100.000 personas.

Este asombroso esfuerzo era el resultado de una planificación y estructuración estatal sin precedentes. Cualquier empresa que se considerase necesaria para la marcha de la guerra era designada como «auxiliar», y un comité gubernamental se encargaba de fijar sus precios y objetivos de productividad. Además, la mano de obra de estas empresas quedaba sujeta a la jurisdicción militar. Se llevaba a cabo un meticuloso seguimiento de la distribución de las materias primas, sobre todo del carbón. A finales de la guerra Italia contaba con casi 2.000 empresas «auxiliares», la mayoría situadas en el noroeste del país. Algunas de ellas crecieron casi sin que nadie reconociera su labor. Fiat, por ejemplo, tenía 4.300 trabajadores en 1914 y producía 4.800 vehículos. En 1918 estas cifras pasaron a ser de 40.000 empleados y 25.144 vehículos. La mano de obra en Ansaldo pasó de 6.000 a 56.000 personas, y entre su vastísima producción se incluían 3.000 aviones, 200.000 toneladas en buques de marina mercante y el 46 por 100 de la artillería producida en Italia.

Una expansión económica de tal magnitud era el resultado de la guerra, y ajustarse después a los tiempos de paz resultó enormemente difícil. No se trataba sólo de una cuestión de disminución de los pedidos gubernamentales y los problemas derivados de pasar de un mercado primordialmente militar a un mercado civil. Las expectativas también habían cambiado, haciendo muy difícil la vuelta a las relaciones económicas de antes de la guerra. La sensación de haber contribuido de una forma decisiva a la contienda hizo que muchos trabajadores desarrollaran una nueva concepción de la valía política, por lo que después de 1918 reaccionaron con un activismo excepcional ante la amenaza del paro y el descenso del nivel de vida. Por su parte, muchos empresarios se habían acostumbrado a un apoyo estatal seguro, y la vuelta a la neutralidad gubernamental no hizo sino generar indignación y una sensación de traición.



Figura 27. El frente interno: barrenderas en Milán. Como en otros países europeos, la movilización económica de las mujeres durante la Primera Guerra Mundial contribuyó a las demandas de emancipación política femenina, demandas que quedarían sin respuesta. Sin embargo, el fascismo prestaría más atención a las mujeres que el Estado liberal.

No obstante, el mito que creó la Primera Guerra Mundial fue más significativo que estos cambios económicos. El hecho de no sólo haber sobrevivido sino también haber ganado la guerra (en octubre de 1918, justo un año después de la humillación de Caporetto, las tropas italianas forzaron la retirada de los austriacos en un último ataque a través del río Piave hasta Vittorio Veneto, donde proclamaron su victoria) significaba que toda una serie de valores políticos y morales adquirirían un nuevo halo de legitimidad que podría revitalizar en gran medida la maltrecha identidad liberal de Italia. La guerra se consideró

como un triunfo para los ideales de mayo de 1915, ideales que ciertamente tenían una dimensión positiva (por ejemplo en el patriotismo, o el ansia por un liderazgo firme), pero cuyas principales manifestaciones fueron negativas: la aversión por el socialismo, la igualdad, el materialismo, el Parlamento, el humanitarismo, la democracia y el pragmatismo.

EL COLAPSO DEL ESTADO LIBERAL

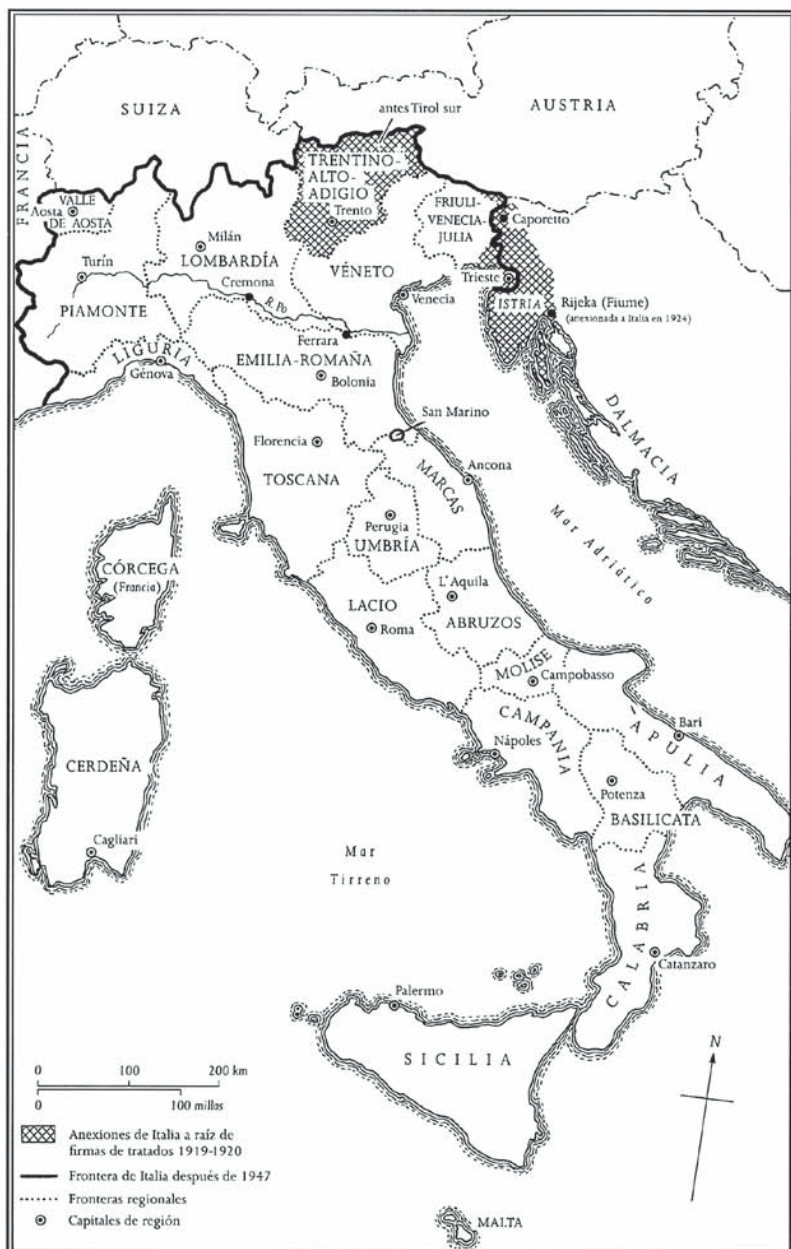
Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, ninguna de las partes contendientes sabía muy bien por qué principios luchaba. Salandra, de hecho, había negociado la entrada de Italia en la confrontación bajo el desafortunado eslogan de «sagrado egoísmo». Hacia noviembre de 1918 la situación era muy diferente: más por accidente que como algo planificado, los ganadores de la guerra resultaron ser sistemas democráticos, mientras que los perdedores (incluida Rusia) eran sistemas autocráticos, por lo que daba la impresión de que había sido una guerra en pro de la democracia. Italia, antaño aliada de Alemania y Austria, se alineaba ahora con Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos, y ya no le quedaba justificación moral o política alguna para resistirse a las demandas de una total «representación del pueblo». En diciembre de 1918 el gobierno aprobó el sufragio universal para la población masculina. A esta concesión la siguió en agosto de 1919 otra mucho más difícil de controlar: la representación proporcional.

Los liberales se vieron forzados a una situación insostenible. Sin un partido organizado con el que movilizar al electorado, se encontraban en tremenda desventaja frente a los socialistas, que controlaban las Cámaras Obreras, ligas locales y sindicatos. Tampoco podían confiar en la Iglesia (como lo hiciera Giolitti en 1913), puesto que a principios de 1919 se creó un nuevo partido católico, el Partito Popolare Italiano (PPI) que, si bien no era estrictamente un partido «confesional», sí estaba liderado por católicos y contaba con un programa específicamente católico. Este partido consiguió ganarse sobre todo las simpatías del campesinado (en concreto, de los pequeños propietarios) y estaba dirigido por un sacerdote, don Luigi Sturzo. No había razones para pensar que se les debía algo a los liberales. La crisis

a la que se enfrentaba el gobierno estuvo clara en las elecciones de noviembre de 1919: los socialistas se hicieron con 156 escaños y los *popolari* (como se conocía comúnmente a los miembros del PPI) consiguieron 100, mientras que los liberales y sus aliados se quedaban con menos de la mitad de la Cámara.

Si el gobierno hubiera sabido sacarle todo el jugo a la victoria en la guerra, quizá sus resultados hubieran sido mejores. Sin embargo, la delegación italiana en la conferencia de paz de París exigió más de lo que razonablemente podría esperar, lo que le valió un severo desplante. Italia se quedó con el Trento, el sur del Tirol e Istria, pero no consiguió hacerse con la Dalmacia y el puerto italo-parlante de Fiume (Rijeka), así que el primer ministro Orlando salió de la conferencia con un gran disgusto. Los nacionalistas y otros grupos intervencionistas tenían ahora vía libre para denunciar lo que denominaban «la victoria mutilada». Ya habían estado tentados de afirmar que Italia había ganado la guerra a pesar de sus dirigentes políticos; ahora daba la impresión de que el gobierno ni siquiera podía ganar la paz. Su ira se acrecentó después de junio de 1919, cuando al primer ministro Orlando lo sustituyó Francesco Saverio Nitti, cuya actitud conciliadora hacia los aliados le valió el sobrenombre de *Cagoia* (maldito cobarde) por parte de Gabrielle d'Annunzio.

En septiembre de 1919 D'Annunzio entró en Fiume en lo que constituyó un golpe militar organizado por los nacionalistas y que contó con el apoyo de varios generales e industriales. La ciudad estuvo ocupada durante más de un año. Nitti no se atrevió a mandar al ejército, en parte por temor a que ocurriera un motín. Esto, en cualquier caso, no hizo sino empeorar la bancarrota moral en que se encontraba el Estado liberal. Abandonado a su suerte, Fiume se convirtió en un experimento de gobierno alternativo, con una Constitución redactada (aunque no se puso en práctica) por sindicalistas revolucionarios, y un nuevo idioma político cuya esencia radicaba en la pasión y el efecto teatral. D'Annunzio improvisaba discursos desde un balcón y arengaba a su público hasta el frenesí con cantos y eslóganes sin sentido alguno. Al fin y al cabo casi parecía normal que Giolitti acabara con tan estrafalaria manifestación de la «revuelta contra la razón»: en diciembre de 1920, actuando como primer ministro en su quinto y último mandato, Giolitti enviaría a la marina y D'Annunzio se rendiría.



Mapa 6. Italia desde 1919.

Benito Mussolini contempló a D'Annunzio en Fiume no sin celos. Había pasado gran parte de la guerra (tras una temporada en el frente) en Milán editando *Il Popolo d'Italia*, el periódico que fundó tras su expulsión del Partido Socialista. Mussolini todavía sentía simpatía por la izquierda, pero el problema para 61 y otros tantos exiliados del PSI estaba en encontrar partidarios políticos. En 1918 decidió cambiar el nombre del periódico por el de *Quotidiano dei combattenti: e dei produttori* [*Diario de los combatientes y los productores*] el término «productores» tenía fuertes connotaciones sindicalistas y nacionalistas y sugería un intento de distanciamiento de los socialistas por parte de Mussolini y un acercamiento hacia los otros sectores intervencionistas. Sin embargo, cuando en marzo de 1919 lanzó en Milán un nuevo movimiento, el Fasci de Combattimento, su programa todavía se parecía bastante al del PSI: la abolición del Senado, una asamblea constituyente, la confiscación de los beneficios de la guerra y tierras para los campesinos.

Mussolini y todo el abanico de futuristas, sindicalistas y nacionalistas que lo apoyaban en esta época estaban sumidos en un mar de confusión. Compartían la creencia en la guerra y la aversión por el liberalismo parlamentario, pero carecían de un programa electoral definido, y mucho menos uno que marcara un distanciamiento claro respecto a los socialistas. La situación comprometida en que se encontraba Mussolini se hizo patente en las elecciones de noviembre de 1919, en las que ningún diputado fascista resultó elegido, y ni siquiera en su feudo de Predappio, en la Romagna, consiguió Mussolini ni un solo escaño. En esta situación, la única opción que le quedaba era dar un giro hacia la derecha, y a lo largo del año 1920 se abandonarían muchos de los elementos izquierdistas más destacados del programa fascista. Lo que quedaba era una emotiva mezcla de estridente patriotismo, justificación de la guerra, concienciación por la grandeza nacional y, junto a todo esto, una creciente aversión hacia el Partido Socialista. El fascismo empezaba a llamar la atención de los sectores más conservadores de la sociedad italiana.

No obstante, el crecimiento del movimiento fascista en la segunda mitad de 1920 se debió a factores que escapaban al control de Mussolini. Estaba relacionado, sobre todo, con la amenaza (o amenaza intuida, más bien) del Partido Socialista. El PSI acabó la guerra apartado del Estado, vilipendiado por los intervencionistas y más compro-

metido que nunca con la retórica de la revolución. Su confianza se vio revalidada con la victoria de los bolcheviques en Rusia en 1917. Los reformistas se vieron ahogados por los militantes, que agitaban a obreros de fábricas y jornaleros y mantenían vivas sus esperanzas de un inminente colapso del sistema con una sucesión de violentas huelgas, ocupaciones de fábricas y enfrentamientos con la policía. En el verano de 1919 una ola de disturbios provocados por la escasez de alimentos sacudió el norte y el centro de Italia. Las tiendas fueron saqueadas, se plantaron árboles de la libertad y se proclamaron repúblicas locales. Más de un millón de personas fueron a la huelga en 1919, cifra esta que sería incluso mayor al año siguiente.

Gran parte de esta militancia provenía de la crisis económica que afrontó Italia después de 1918. La tasa de desempleo era muy alta, y alcanzó los 2 millones de personas a finales de 1919, cuando se desmovilizaron las tropas y se rebajó la producción para tiempos de guerra. También aumentó la inflación: el índice de precios al por mayor subió casi un 50 por 100 entre 1918 y 1920, lo que tuvo consecuencias devastadoras para los rentistas y aquellos que (como los funcionarios) vivían de ingresos fijos. En el campo los terratenientes, muchos de los cuales habían sufrido las consecuencias de la congelación de las rentas en tiempos de guerra, se vieron enfrentados a airados excombatientes que les exigían tierras. Tras el desastre de Caporetto el gobierno había prometido repetidamente «tierra para los campesinos» con el fin de levantar la moral. Los terratenientes pagaban ahora el precio, y el gobierno incluso declaró «ilegales» las ocupaciones de tierras mediante dos decretos, en 1919 y 1920, que garantizaban a los campesinos la posesión de la tierra.

Los empresarios, viéndose acosados por los nuevos y terroríficos niveles de militancia, acudieron al gobierno en busca de ayuda, pero el gobierno se negaba a adoptar una posición, en parte por miedo pero también por la creencia de que se podía prevenir una revolución sin necesidad de comprometerse. Esta postura alcanzó su momento culminante con la llamada «ocupación de las fábricas» en septiembre de 1920, cuando casi medio millón de obreros tomaron durante casi cuatro semanas fábricas y astilleros, expulsaron a los directivos e izaron la bandera roja. Giolitti no envió al ejército, e incluso hostigaba a los propietarios de las fábricas para que hicieran concesiones. Es más, accedió a crear una comisión que elaborara una ley que obligara a los

sindicatos a inspeccionar las cuentas de las empresas. Para muchos empresarios esto era la gota que colmaba el vaso, el supremo acto de traición del gobierno. Para muchos también significaba que el momento de la revolución había llegado finalmente.

Pero no fue así, y en muchos sentidos septiembre de 1920 marcó la cota máxima de militancia obrera de posguerra. En las elecciones municipales de octubre-noviembre el voto socialista disminuyó ligeramente, si bien el PSI consiguió algunos éxitos notables, sobre todo en las zonas rurales del centro y el nordeste del país: en Ferrara se izó la bandera roja en el Ayuntamiento, el viejo Castello Estense, y se hicieron pintadas en las paredes, incluyendo la de «¡Viva Lenin!». Sin embargo, a pesar de la retórica y el posicionamiento militante, el liderazgo nacional del PSI no consiguió forzar de una forma seria y decidida la revolución. Serrati, la figura dominante del partido, tenía serias dudas (en privado) sobre la madurez de la clase obrera italiana, y creía, probablemente con razón, que los aliados habrían intervenido para aplastar una insurrección socialista. El resultado no fue sino un fatal divorcio entre las bases y la cúpula.

Carente de una estrategia nacional, la conflictividad del «bienio rojo» de 1919-1920 adolecía peligrosamente de una falta de coordinación. Los sindicalistas dominaban en algunas zonas; en otras, eran los anarquistas los que iban a la cabeza. En Turín, un grupo de jóvenes licenciados universitarios de talento liderados por Antonio Gramsci llevó a cabo un experimento con los «consejos de fábrica», entendidos como cimientos sobre los que fundar un nuevo Estado gobernado por los trabajadores. Sin embargo, el experimento no tuvo eco en otras ciudades. La ausencia de liderazgo coherente privó al movimiento obrero no sólo de tener una dirección clara sino también de capacidad de adaptación, así que, cuando en la segunda mitad de 1920 la economía italiana entró en una grave recesión, muchos correligionarios empezaron a distanciarse, temerosos de que, a causa de una militancia continuada, pudieran convertirse en víctimas de terratenientes y propietarios de empresas, que ahora afrontaban desesperados una bajada de los precios y los márgenes de beneficio para abaratar costes.

El movimiento fascista despegó repentinamente a finales de 1920 como reacción contra este trasfondo. En todo el norte y el centro de Italia surgieron grupos paramilitares o «escuadrones», a menudo dirigidos por exsuboficiales y que con frecuencia contaban con el apoyo de las milicias y la policía de la zona. Empezaron en Istria y Friuli,



Figura 28. Guerra Civil, 1920-1922. Arriba, un típico escuadrón fascista: el escuadrón *Disperata del fascio* de Ponte a Egola, Florencia. Abajo, sus enemigos, «Guardias Rojos» socialistas, durante la ocupación de las fábricas, en septiembre de 1920.

donde llevaron a cabo ataques «patrióticos» contra consejos e instituciones de habla eslava, aunque desde finales de otoño en adelante centraron sus objetivos en un «enemigo nacional» mucho peor, los socialistas, que en opinión de muchos se habían vuelto mucho más perniciosos por la recesión, la ocupación de las fábricas y las recientes elecciones legislativas. Hacia la primavera de 1921 el fascismo se convirtió en un movimiento de masas. Sus bastiones se centraban en el valle del Po (en ciudades como Ferrara, Bolonia y Cremona) y en la Toscana, áreas estas donde los campesinos y los trabajadores rurales eran más militantes y estaban mucho mejor organizados.

Los escuadrones estaban formados por hombres jóvenes, que a menudo no eran más que adolescentes. Muchos eran estudiantes provenientes de la pequeña burguesía; otros eran pequeños propietarios y aparceros furiosos por la política de colectivización de tierras del PSI y otros habían combatido en la guerra. Decían estar restableciendo la ley y el orden y salvando a Italia de las garras de la tiranía bolchevique. Aquellos que habían sufrido la agitación socialista y los abusos estaban de acuerdo en esto (y aquí se incluían a grandes sectores de la pequeña burguesía, sobre todo funcionarios públicos, cuyos ingresos habían disminuido drásticamente en 1919-1920, tanto en términos relativos como reales). En su opinión, los escuadrones sólo hacían lo que los gobiernos liberales no habían podido resolver. Golpear y matar a socialistas, quemar y saquear las Cámaras Obreras y las sedes del PSI y obligar a los contrarios a beber aceite de ricino eran vistos como patrióticos actos de celo para la salvación de la nación.

En pocos meses se vino abajo todo el movimiento de clase obrera en Italia. Los líderes del PSI permanecieron pasivos sin saber qué hacer. Algunos incluso ayudaron a los fascistas disolviendo el partido en el peor momento: en enero de 1921, en el congreso de Livorno, Antonio Gramsci y algunos de sus amigos salieron indignados del salón de congresos y fundaron el Partido Comunista Italiano (PCI). Tan sólo lo siguió una minoría del PSI, y el Partido Comunista consiguió únicamente 15 escaños parlamentarios en las elecciones de mayo. Apenas eran una fuerza marginal, que no se distinguía por la magnitud del apoyo con que contaba, sino por la calidad de sus líderes. Su principal contribución política fue negativa, ya que vinieron a sumarse a la ya grave desmoralización del PSI, y le proporcionaron a los fascistas una excelente propaganda: Italia sí contaba ahora con un enemigo «bolchevique» real.

El estallido del fascismo en el invierno y la primavera de 1921 sorprendió a Mussolini tanto como a cualquier otro. También lo alarmó. Los primeros fascistas habían sido sindicalistas, futuristas y disidentes socialistas con tendencias radicales. Los *squadristi*, por el contrario, eran toscamente reaccionarios y no eran sino instrumentos de los terratenientes locales o los empresarios, que los apoyaban. Apenas les inspiraba algo más que un odio ciego hacia el socialismo y un amor por la violencia. Además, resultaba difícil controlarlos. Su principal lealtad era hacia los líderes del escuadrón o *ras* («cacique» en italiano) –personalidades rebeldes y exaltadas como Roberto Farinacci en Cremona, Italo Balbo en Ferrara y Leandro Arpinati en Bologna– y Mussolini tuvo que luchar durante todo el año 1921 para imponer su propia autoridad. En el verano incluso intentó llegar a la paz con los socialistas, pero los *squadristi* se rebelaron y amenazaron con deponerlo en favor de D’Annunzio.

El crecimiento del movimiento fascista estuvo determinado de una forma crucial por la actitud de las autoridades. La policía y el ejército –que durante el «bienio rojo» habían sido objeto de constantes muestras de abuso y violencia socialista– tendieron de buena gana una mano a los *squadristi*, suministrándoles armas y transporte o, lo que es más importante, haciendo la vista gorda ante su brutalidad criminal. No estaban muy dispuestos a hacer caso de las directivas gubernamentales que les instaban a que hiciesen cumplir la ley de un modo imparcial. En cualquier caso, el propio gobierno simpatizaba con el movimiento (si no también con sus excesos): en las elecciones de 1921 Giolitti permitió a Mussolini y a los fascistas que se unieran a la lista de partidos gubernamentales, confiando en que esto apaciguara su extremismo (el cual se sentía inclinado a calificar de neurótico subproducto de la guerra) para así absorberlos en el sistema.

De hecho, las elecciones de 1921 sólo comprometieron al gobierno y permitieron a los fascistas actuar con más impunidad que nunca. A partir de entonces, a cualquier prefecto o policía que estimara oportuno oponerse a los *squadristi* le cabía esperar un telegrama del ministro del Interior informándole de que iba a ser destinado a otro sitio o incluso suspendido. Es más, gracias a Giolitti los fascistas contaban ahora con 35 escaños en el Parlamento, sin motivo alguno, y la Cámara se hallaba mucho más escindida e impracticable que antes, con 138 escaños para el PSI y los comunistas y 107 para los *popolari*. Durante

los siguientes 18 meses Italia tuvo una serie de gobiernos lamentablemente débiles, cuya falta de autoridad fue continuamente explotada y aumentada por los *squadristi*, que causaban estragos con casi total impunidad en el norte y el centro de Italia. Hacia principios del verano de 1922 los fascistas afirmaban contar con 300.000 miembros y, eufóricos por el éxito, muchos clamaban por hacerse con el poder por la fuerza.

La anarquía de los escuadrones era al tiempo una ventaja y un riesgo para Mussolini. Por una parte le otorgaba una mayor fuerza política en el centro, ya que podía prometer que contendría a sus seguidores a cambio de una participación en el poder. Por otra parte se veía obligado a demostrar que realmente podía controlar el movimiento, y esto no era nada fácil. Es cierto que jefes fascistas locales como Balbo o Farinacci reconocían la destreza política de Mussolini y el hecho de que era indispensable como líder nacional, y en octubre de 1921 accedieron a que el «movimiento» se convirtiera en partido político, el Partito Nazionale Fascista (PNF), que dejaba a Mussolini en una posición de mayor autoridad formal. Sin embargo, los *ras* también eran conscientes de su propio peso: sin los incontrolados *squadristi*, a Mussolini le habría faltado fuerza política y no habría podido estar en posición de negociar —como así sucedería cada vez más durante 1922— los términos en los que entraría a formar un gobierno de coalición.

Mussolini se vio así obligado a convertirse en equilibrista político. Por un lado tenía que convencer a personalidades como Giolitti y Salandra de que no sentía gran simpatía por sus seguidores y sus exigencias subversivas y que, una vez en el poder, haría todo lo posible por frenarlos. Al mismo tiempo, se veía en la tesitura de aplacar a sus seguidores con el argumento de que sus negociaciones con los liberales no eran más que una argucia táctica, una especie de caballo de Troya con el que poder entrar en la ciudadela y que, una vez dentro, sería destruido. La propia preferencia de Mussolini bien podría haber sido una entrada pacífica y completamente constitucional en el gobierno: la oferta, quizá, de unos cuantos ministros fascistas en una coalición liderada por Salandra. Pero los *squadristi* opinaban de forma distinta. Estaban empeñados en tener su revolución: el día 24 de octubre en Nápoles 40.000 *squadristi* se manifestaban masivamente pidiendo marchar sobre Roma.

La idea de una marcha sobre Roma estaba teñida de connotaciones históricas. Para Mazzini, Garibaldi y sus seguidores democráticos constituyó un símbolo de regeneración nacional y el medio por el que «el pueblo» se haría con Italia e inauguraría una nueva era de grandeza espiritual. Sin embargo, la Marcha fascista sobre Roma, que tendría lugar el 28 de octubre de 1922, no sería muy gloriosa. Tres columnas rezagadas de jóvenes mal armados entraron en la capital en medio de una lluvia torrencial, asaltando varias oficinas de correos, comisarías y prefecturas. Mussolini se quedó en Milán, lejos de los sucesos y cerca de la frontera suiza: no parecía confiar mucho en que la jugada tendría éxito. Pero el rey (por razones que siguen siendo desconocidas) perdió los nervios y se negó a firmar un decreto que autorizaba al ejército a abrir fuego y dispersar a los rebeldes. Mussolini fue llamado a Roma, y a la edad de treinta y nueve años se convirtió en el primer ministro más joven de la historia de Italia.

8

Fascismo

LA VUELTA AL ORDEN, 1922-1925

Para muchos coetáneos, la marcha sobre Roma no significó una ruptura definitiva con lo establecido. No se produjeron disturbios ni manifestaciones, la rutina de la vida cotidiana seguía normalmente y la prensa relataba los sucesos como si se tratase simplemente de un espectacular episodio más en el violento y caótico drama italiano de posguerra. La actitud generalizada, si es que había alguna, era de alivio: una sensación de que la confusión e incertidumbre de los últimos años se habían acabado y las cosas estaban a punto de volver a la normalidad. La mayoría de los observadores anticiparon que los *squadristi* acabarían por ser absorbidos en el sistema, lo que en opinión de muchos se traduciría en una muy necesaria inyección de energía espiritual que fortalecería las instituciones y estrecharía las diferencias entre la Italia «real» y la Italia «política». Políticos como Giolitti no tomaban muy en serio a Mussolini, cuyos modales plebeyos y evidente inseguridad les hacían pensar que era un hombre a quien podían manipular, utilizar y luego desechar sin mayor dificultad una vez hubiera servido a sus intereses.

Mussolini fue nombrado primer ministro de una forma esencialmente constitucional, pero como deferencia hacia sus seguidores y militantes se celebró un desfile «de victoria» por las calles de Roma a fin de aumentar la sensación de golpe de Estado. Este esquizofrénico comienzo marcaría el ritmo de los dos años siguientes. Mussolini tuvo que moverse entre dos posturas: por una parte, satisfacer al sistema (del que dependía para seguir en el poder) y, por otra, convencer a los líderes fascistas provinciales y a sus seguidores de que seguía siendo un elemento subversivo. Sin embargo, el nada moderado discurso de los fascistas no dejaba muy claro qué era lo que los fascistas radicales o «intransigentes» querían en lugar de un régimen liberal. Sí sabían lo

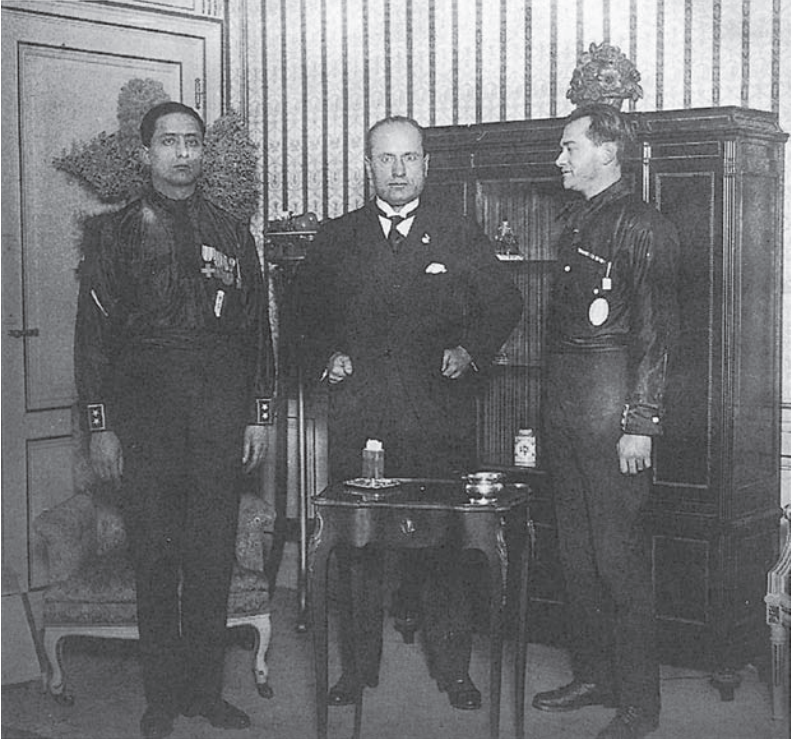


Figura 29. Mussolini con dos guardaespaldas fascistas durante una visita a Londres en diciembre de 1922. Sus modales bruscos y conducta un tanto grosera no caían bien en los círculos diplomáticos. Mussolini a menudo adoptaba una mirada demoníaca en las fotografías.

que aborrecían y lo que pretendían destruir, pero muy pocos tenían alguna idea política constructiva. El fascismo no contaba con un programa de gobierno.

Ante esta situación, Mussolini se inclinó por las demandas vigentes en pro de una vuelta a la estabilidad, el orden y la normalidad. El suyo sería un gobierno de reconciliación nacional: tres carteras ministeriales serían para los fascistas y el resto se repartiría entre liberales, *popolari*, un nacionalista, el filósofo Giovanni Gentile y dos personajes importantes de las Fuerzas Armadas. Mussolini no tardaría mucho en empezar a disciplinar a los *squadristi*: en enero de 1923, en una maniobra de brillante ambigüedad, crearía la Milicia Voluntaria de Seguridad

Nacional (MVSN), un hecho que iba claramente dirigido a «salvaguardar la revolución fascista», si bien su principal objetivo político era poner a las filas del partido (que formaban el grueso de la milicia) bajo un mando centralizado y restringir el poder de los *ras* locales como Roberto Farinacci. Las reivindicaciones revolucionarias de estos líderes y su persistente recurrencia a la violencia amenazaban con destruir la credibilidad de Mussolini ante el sistema.

Los esfuerzos de Mussolini por ganarse el respeto de los conservadores tuvieron un enorme éxito. Anuló los decretos que sancionaban la ocupación de tierras por parte de los campesinos después de la guerra, para gran regocijo de los *latifondisti* del sur. Como muestra de consideración hacia la Iglesia se volvieron a colocar cruces en determinadas plazas públicas y se destinaron grandes sumas de dinero para reconstruir las iglesias destruidas durante la guerra. En 1923 se introdujo una importante ley de reforma de la educación que estipulaba la formación religiosa obligatoria en las escuelas primarias y se marcaba la división entre *licei* de clase media, donde se hacía énfasis sobre las humanidades, y las escuelas técnicas de clase trabajadora. La política exterior también era de corte conservador: el arreglo pragmático al que se había llegado sobre las reivindicaciones italianas sobre Dalmacia en 1924 tuvo una estupenda acogida entre el sector liberal, como también lo tuvo (lo que sorprende más) el bombardeo de Corfú en 1923 tras el asesinato de un comisario de fronteras italiano.

La medida más importante que adoptó Mussolini para hacerse respetar fue sin duda la integración de los nacionalistas en el PNF en febrero de 1923. Los nacionalistas (gente elitista, monárquicos, socialmente conservadores y opuestos al Parlamento) carecían de una base de simpatizantes amplia, pero desde un punto de vista político tenían una enorme influencia, puesto que contaban con apoyo en las más altas esferas: generales del ejército, profesores universitarios, funcionarios de alto rango, acaudalados hombres de negocios y hasta en la judicatura. Representaban, por tanto, un complemento perfecto a un fascismo que contaba con una amplia base de pequeña burguesía y sectores del campesinado, pero que adolecía de una cierta falta de personal «de calidad». La fusión resultó crucial para el desarrollo del régimen, aportando el talento y las ideas de personajes como Alfredo Rocco y Luigi Federzoni, quienes después de 1924 se erigirían en arquitectos principales del Estado fascista.

El propio Estado fascista no estaba totalmente exento de contenido intelectual. Puede que la mayoría de los *squadristi* fueran groseros y anárquicos (como lo sugerían cánticos y lemas del tipo *me ne frego*, «me importa una mierda»), pero algunos, sobre todo los que se habían sumado al movimiento a comienzos de 1919, habían estado muy influidos por los principios sindicalistas y querían imprimir un carácter radical al fascismo. Querían acabar con la lucha de clases y construir un Estado diferente, basado en «corporaciones» o «sindicatos» en los que los empresarios aportarían su grano de arena para fomentar los intereses económicos de la colectividad. La empresa privada sería regulada de un modo estricto y estaría subordinada a las necesidades nacionales. Esta corriente sindicalista del fascismo encontraría su máxima expresión en el movimiento sindicalista del PNF, que se convertiría en una fuerza política destacada tras 1922, gracias sobre todo al liderazgo comprometido de Edmondo Rossoni.

La persistencia del radicalismo en el seno del partido fascista no iba necesariamente en detrimento de Mussolini a no ser que se le fuera demasiado de las manos. De hecho, mientras Mussolini fuera convincente en su propósito de restablecer la normalidad en Italia, sus aliados liberales estarían dispuestos a prestarle toda la ayuda que necesitara para luchar contra la subversión, sin importar de dónde proviniera esta. En este sentido, el ejemplo más sorprendente quizá sea la Ley Acerbo de 1923, según la cual la lista más votada en unas elecciones se haría con dos tercios de todos los escaños parlamentarios, a condición de que obtuviera al menos una cuarta parte de los votos en el escrutinio. Fue esta una medida extraordinaria, y el hecho de que fuera aprobada con el apoyo de Giolitti, Salandra y Orlando confirmaba la tremenda hostilidad que muchos liberales sentían hacia el sistema electoral vigente, que había permitido que los socialistas llenaran la Cámara y había dejado a Italia sumida en una sucesión de gobiernos débiles.

El único partido constitucional que no apoyó la Ley Acerbo fue el católico PPI. Este partido tenía un serio problema con el fascismo: mientras que gran parte del alto clero, incluido el papa, simpatizaba con Mussolini (sobre todo por sus concesiones en materia de educación), buena parte de los párrocos y simpatizantes locales del PPI le profesaban una intensa hostilidad al haberse convertido, junto a las cooperativas y sindicatos católicos que dirigían, en objetivos frecuen-

tes de la violencia fascista. El resultado fue una fatal escisión en el partido. Don Sturzo, el líder del PPI, hizo un intento desesperado por mantener el partido unido, pero Mussolini supo explotar hábilmente el cisma, expulsando a los *popolari* del Ejecutivo y mandándolos a la oposición. Temeroso de una ruptura con Mussolini, el papa Pío XI dejó claro su descontento con Sturzo, y a don Sturzo, como sacerdote, no le quedó más remedio que dimitir. A partir de entonces, el PPI sería una fuerza deshecha.

Armado con la Ley Acerbo, Mussolini podía afrontar las elecciones de 1924 con confianza. La lista de candidatos gubernamentales se componía de fascistas, exnacionalistas, liberales de derechas (incluidos Salandra y Orlando) y hasta algunos *popolari*. Los *squadristi* recibieron órdenes de no hacer uso de la violencia contra la oposición, ya que se pretendía que las elecciones fuesen una demostración intachable de la respetabilidad del gobierno y del amplio apoyo con que contaban. En cualquier caso, es cierto que hubo violencia generalizada, si bien no está muy claro si este hecho influyó de forma decisiva en los resultados, que en gran parte dependieron de instrumentos tan clásicos como el clientelismo y la intervención de los prefectos. El gobierno obtuvo un 66 por 100 de los votos, con lo que se aseguraba dos tercios de los escaños. Algo más de la mitad de los nuevos diputados eran fascistas.

El intento de Mussolini por ganar respetabilidad pareció surtir efecto, así como también parecían funcionar los esfuerzos liberales por mantener a Mussolini dentro del redil constitucional. El socialismo había dejado de ser una amenaza (el PSI había quedado reducido a menos del 5 por 100 de los votos y el PCI a menos del 4 por 100) y los católicos también así que, con la crisis económica de posguerra alejándose y la vuelta de la prosperidad, muchos debieron pensar que Italia estaba a punto de entrar en una era de calma política. Los *squadristi*, sin embargo, no compartían la misma opinión. Esperaban que Mussolini usase su mayoría parlamentaria para destruir el sistema liberal y entregarles las riendas de la tan prometida revolución. A principios de junio de 1924 un grupo de extremistas del PNF secuestró y asesinó al diputado reformista socialista Giacomo Matteotti, quien unos días antes había pronunciado un demoledor discurso en el que enumeraba las muestras de violencia fascista en las recientes elecciones. La credibilidad de Mussolini estaba ahora en entredicho.

Mussolini negó cualquier implicación en el suceso, a pesar de algunas acusaciones en sentido contrario. En todo caso, la cuestión de hasta qué punto era o no personalmente responsable del asesinato no fue un hecho determinante en la crisis que empezaba a fraguarse. Lo que se cuestionaba era más bien el carácter y propósito del fascismo: ¿se trataba de una fuerza constitucional o subversiva? Mussolini se enfrentaba a un dilema muy delicado. Renegar de los *squadristi* y su violencia habría significado cortar toda relación con sus más allegados seguidores y quedar a merced del sistema liberal. Pero no hacerlo hubiera significado admitir que el fascismo era criminal. Estaba atrapado. Intentó tranquilizar a sus aliados liberales, nombrando ministro de Interior al exnacionalista Luigi Federzoni y sometiendo a la Milicia bajo disciplina militar. Sin embargo, estas maniobras no hicieron más que enfurecer a los *squadristi*, sin llegar a convencer a los cada vez más numerosos adversarios de Mussolini.

Afortunadamente para Mussolini, la reacción de los partidos de la oposición ante las noticias del secuestro de Matteotti fue simplemente abandonar el Parlamento como muestra de protesta. Por tanto, no parecía probable que resultase derrotado en una votación en la Cámara, lo que daba al rey el pretexto perfecto para no destituirlo. Sin embargo, conforme la crisis se agudizaba y la prensa sacaba a la luz más y más evidencias que implicaban a importantes fascistas en distintos crímenes, la situación de Mussolini era cada vez más precaria. Hacia mediados de diciembre Giolitti y Orlando se habían pasado a la oposición, y Salandra estaba a punto de unírseles. Dos días después de Navidad se publicó en un periódico de la oposición el llamado «memorando Rossi», una incendiaria acusación sobre el papel de Mussolini en el asesinato de Matteotti. Al gobierno no le quedaba otra salida que la dimisión.

Pero, si Mussolini se hubiera marchado, los *squadristi* se hubieran visto en problemas muy serios: habrían perdido sus trabajos en la Milicia o en la Administración local, y muchos incluso habrían ido a juicio. El 31 de diciembre un grupo de destacados miembros de la Milicia le dieron un ultimátum a Mussolini: o tomaba medidas contra la oposición o sembrarían el terror. Mussolini estaba entre la espada y la pared: la única opción que tenía era arriesgarse a instaurar la dictadura. El 3 de enero de 1925 entró en el Parlamento y retó a sus enemigos a que lo acusaran: «Si el fascismo ha sido una asociación criminal [...],

la responsabilidad es mía», declaró. Ni el rey ni la oposición se movieron. Sin duda, tenían que estallase una guerra civil, y seguramente no tenían muy claro cuáles eran exactamente las intenciones de Mussolini. La Italia liberal pagó muy cara esta indecisión.

PARTIDO Y ESTADO

A menudo se toma el discurso del 3 de enero de 1925 como el hito que marcó el momento en que el sistema parlamentario liberal de Italia tocó a su fin para dejar paso a la dictadura fascista. Pero, en realidad, el régimen fascista no surgió de la noche a la mañana, ni tampoco llegaría nunca a conseguir una forma final definitiva. En ausencia de una ideología o un programa claros, el régimen fascista evolucionó de un modo bastante fortuito, reaccionando, a menudo pragmáticamente, ante la presión de grupos de interés internos o respondiendo a circunstancias económicas y políticas específicas. Mussolini intentó hacer de esto una virtud, afirmando que el fascismo no era sino espontaneidad, intuición e impulso. Pero la principal razón de este eclecticismo era que Mussolini, al igual que sus predecesores, nunca estuvo en una posición lo bastante fuerte como para actuar con verdadera coherencia o consistencia.

De la misma manera que el fascismo surgió de un modo instrumentalista y nunca llegó a adoptar una forma definitiva, tampoco el Estado liberal fue realmente abolido. De hecho, era más patente la sensación de continuidad que la de cambio. El *Statuto* seguía entendiéndose como la Constitución de Italia, el rey seguía siendo el jefe del Estado y de las Fuerzas Armadas y la maquinaria de la Administración se conservaba casi intacta. La burocracia no había sufrido una depuración sistemática y estaba dominada, como antes, por funcionarios de carrera: entre 1922 y 1943 tan sólo un tercio de la totalidad de los prefectos eran nombramientos «políticos» de personas no pertenecientes al cuerpo tradicional. De un modo similar, la policía y los *carabinieri* tampoco estaban politizados: desde 1926 hasta 1940 la policía estuvo dirigida por un prefecto de carrera, Arturo Bocchini, cuyo punto de vista, más que ideológico, era incondicionalmente utilitario.

La limitada «fascistización» del Estado después de 1925 reflejó hasta qué punto Mussolini seguía dependiendo de las elites tradicio-

nales. Formalmente, él no era más que el primer ministro y, del mismo modo que el rey Víctor Manuel lo había nombrado en 1922, también podía destituirlo en cualquier momento (como de hecho haría al final), si la presión para hacerlo llegaba a ser lo suficientemente importante. En vista de esto, Mussolini no se atrevió a indisponerse con el sistema y, aunque gran parte de la retórica e imaginaria del régimen era muy radical, su sustancia era profundamente conservadora. Es más, los fascistas apenas estaban cualificados para hacerse cargo de la maquinaria del Estado. Casi ninguno tenía conocimientos o experiencia administrativa, y muchos quizá hubieran encajado mejor, temperamental e intelectualmente, trabajando como matones que en una oficina.

La necesidad de llegar a un acuerdo con las elites tradicionales venía a significar que la principal tarea de Mussolini después del 3 de enero era, como ya sucediera antes, acabar con el poder y la independencia de los escuadrones fascistas. Su estrategia era imaginativa. En febrero nombraría al principal «intransigente», el *ras* de Cremona Roberto Farinacci, secretario del PNF. En apariencia, esto parecía una victoria de los *squadristi*, pero en realidad se trataba de un cáliz envenenado, ya que a Farinacci se le pidió que se comportara «responsablemente» y disciplinara el partido, una empresa que le resultó casi imposible. En octubre los *squadristi* de Florencia se rebelaron y mataron a ocho liberales. Farinacci intentó disculpar su comportamiento, arguyendo que había sido fruto de «legítima irritación». Mussolini le reprendió violentamente, y pocos meses más tarde, sintiéndose con poder suficiente para asestarle el golpe de gracia, lo despidió.

Augusto Turati, el elegido para sustituir a Farinacci como secretario del PNF, se avenía más fácilmente a todo. Siguiendo los deseos de Mussolini, llevó a cabo una escrupulosa depuración en el seno del partido, expulsando a unos 60.000 miembros (en su mayoría jóvenes *squadristi*) entre 1926 y 1929. En muchos lugares las delegaciones locales del partido fueron totalmente reconstruidas con gente «respetable», entre los que se incluían un gran porcentaje de empleados públicos (funcionarios de escala inferior, maestros o empleados de correos), para quienes la pertenencia al PNF era ahora algo prácticamente obligatorio (en 1933 lo sería por completo). Después de 1926, los líderes provinciales y locales del partido solían ser profesionales o terratenientes, hombres que en los primeros años veinte fueron liberales y

muy probablemente también antifascistas. En el sur, los aristócratas a menudo se hicieron con los puestos principales.

La castración política del PNF se selló con la introducción de un nuevo estatuto del partido en octubre de 1926, por el que se implantaba una rígida centralización. A partir de entonces todos los puestos serían nombrados desde arriba, lo que implicaba que ahora se podía cortar la relación orgánica entre un *ras* local y sus seguidores, fuente de tanta violencia en el pasado. Más tarde, en el mes de enero, Mussolini resolvería a favor del Estado la cuestión de la relación partido-Estado a nivel provincial. El prefecto sería la figura suprema, y en este sentido Mussolini sería rotundo: «Todos los ciudadanos, y en concreto aquellos que tienen el inmenso privilegio y honor de pertenecer al partido fascista, deben respeto y obediencia al más alto representante político del régimen fascista». De este modo, el Estado pasaba a hacerse cargo del fascismo, y no al contrario (como muchos temían, y Farinacci confiaba que ocurriera).

La principal razón por la que Mussolini se sentía capaz de frenar a los *squadristi* era el hecho de que en 1927 había conseguido destruir a la oposición constitucional, lo que consiguió con considerable poco esfuerzo. A los políticos que decidieron marcharse de la Cámara de Diputados en protesta por el asesinato de Matteotti se les prohibió que volvieran. Pero el PPI estaba ya moribundo, el PSI se había escindido en facciones enfrentadas y los diversos liberales y radicales, como Giovanni Amendola, que todavía se resistían al fascismo se sentían impotentes sin el apoyo del rey y pronto se darían por vencidos. La desaparición formal de la oposición se produciría en octubre de 1926. Tras una serie de atentados contra Mussolini, se prohibieron todos los partidos de la oposición, y se introdujo una nueva ley —por «la defensa del Estado»— que declaraba ilegal cualquier refundación.

La prensa también vio mermada su libertad de expresión. A raíz del discurso del 3 de enero de 1925 se endureció la ley sobre la censura, y los periódicos críticos con el gobierno corrían el riesgo de ser secuestrados. Sin embargo, en la mayoría de los casos no fue necesario el uso de la coacción para conseguir un cierto conformismo por parte de los periódicos. Los empresarios propietarios de los principales diarios eran partidarios de evitar cualquier enfrentamiento con Mussolini, y despedían a los editores rebeldes, sustituyéndolos por otros, más seguros políticamente. Los periodistas sabían que, si se salían del

redil, ellos también irían a la calle. El resultado fue una prensa descafeinada en sus contenidos políticos, con un tono hiperbólico y florido a la hora de analizar las acciones gubernamentales y serviles elogios hacia Mussolini. La «fascistización», no obstante, no influyó demasiado en las ventas, sin duda debido en parte a la popularidad de las páginas culturales y de deportes.

El hecho de que Mussolini pudiera establecer un Estado de partido único y eliminar a las fuerzas de la oposición con tan relativa facilidad evidenciaba hasta qué punto el sistema parlamentario liberal había dicho adiós hacia mediados de la década de los veinte a sus reivindicaciones de autoridad moral. También reflejaba el hecho de que el nuevo régimen se constituyera para satisfacer y proteger a las clases dirigentes tradicionales, que durante décadas se habían sentido amenazadas por las exigencias de las masas. Para muchos, la pérdida de un cierto grado de libertad compensaba una mayor seguridad y, en cualquier caso, ¿a qué había llevado toda aquella «libertad» del Estado liberal sino a la libertad de huelga, manifestación y subversión del país? Es más, las restricciones impuestas por el fascismo resultaron ser, al menos para la clase media, insignificantes o sólo irritantes más que puramente opresivas.

El atractivo del régimen fascista residía en su intento por resolver muchos de los problemas heredados del régimen liberal. El poder del Estado, que en el pasado había estado tan infravalorado por la atención prestada a los derechos individuales, se vio reforzado, sobre todo, por la Ley de Seguridad Pública de 1926 de Alfredo Rocco, una ley que rechazaba «el dogma de la libertad personal como base y objetivo de la sociedad», y daba preferencia a la seguridad del Estado (que ahora se concebía como un organismo vivo con derechos propios, de acuerdo con los ideales nacionalistas). Se ampliaron los supuestos de arresto policial, y cualquiera podía ser condenado al «exilio interno» (*confino*) por un periodo de hasta cinco años por la simple sospecha de *intentar* tomar parte en actividades subversivas. Al ciudadano ya no le cabía posibilidad alguna de contradecir las decisiones del Ejecutivo. Gobierno y Estado eran ahora una única cosa.

Al proclamar su rechazo de los «principios de 1789», el fascismo heredaba toda una corriente de pensamiento idealista, que iba (aunque con algunas variaciones) desde Gentile y Croce a De Sanctis y Mazzini, y que ponía de relieve la necesidad de forjar una comunidad

moral o «nación» en Italia, para así reparar todo el daño acumulado durante siglos de división y servidumbre en la península. En su opinión, la falta de una ética colectiva procedente de un fuerte sentido de la identidad nacional provocaría que el individualismo y materialismo inherentes en la ideología liberal actuaran de un modo corrosivo y no generaran más que egoísmo y desorden. El fascismo intentaba remediar esto. Pretendía disciplinar a la clase obrera mediante una nueva estructura de sindicatos (el llamado «Estado corporativo») y al tiempo educarlos políticamente a través de la propaganda. En definitiva, se dispuso a formar de nuevo el carácter nacional y hacer realidad el viejo sueño de «hacer italianos». Si bien el régimen parecía en muchos sentidos reaccionario, sus experimentos en la búsqueda del acuerdo generalizado a menudo sorprendieron a los coetáneos (y no sólo en Italia) por su novedad y progresismo.

LA ECONOMÍA FASCISTA

El fascismo se vio privado de una estrategia económica coherente a causa de su desprecio hacia el materialismo y su preferencia por la espontaneidad en lugar de la planificación. La voluntad, y no la razón, conformaba el universo fascista. «Para mí, la vida no es sino lucha, osadía y determinación», diría Mussolini ante el Parlamento en diciembre de 1926. Esta postura voluntarista caracterizaría la actitud del régimen en materia económica. Se arguyó que la relativa pobreza de Italia era consecuencia de la situación de letargo en que había estado sumida la vieja clase liberal: lo que hacía falta era un nuevo espíritu emprendedor que encendiera las pasiones dormidas de la nación. Esto explica el tono beligerante de las principales iniciativas de Mussolini: a la «batalla del grano» (1925) la siguió la «batalla de la lira» (1926) y la «campana del producto nacional»; además, se hizo un llamamiento a la industria para hacer «frente común» y resistir la amenaza de los competidores extranjeros.

El lenguaje bélico representaba un sustituto de la retórica socialista de clase y llegó a ser muy utilizado a partir de 1925 a medida que los fascistas estrechaban sus relaciones con los empresarios. Si se recortaban los salarios o se endurecían las condiciones de trabajo (como empezó a suceder a finales de los años veinte), era sólo porque el

bienestar del país exigía tales sacrificios. El enemigo no estaba dentro, sino fuera del país: todos los italianos, ya fueran jefes o empleados, estaban juntos en la lucha común por forjar un país fuerte y frenar los intentos por parte de las potencias industriales más veteranas de impedir que Italia se convirtiera en un serio competidor económico. En la década de los años treinta el régimen utilizó cada vez más la idea de una conspiración «plutocrática» internacional para explicar, y también justificar, el creciente aislamiento internacional de Italia.

Durante los primeros años de su gobierno Mussolini adoptó una política económica ortodoxa cuya finalidad primordial consistía en tranquilizar (y también ganarse) a los sectores económicos. Se redujo el gasto público y se intentó equilibrar el presupuesto, se redujeron o eliminaron los impuestos sobre beneficios de guerra y se archivó la polémica propuesta de Giolitti de hacer un registro de accionistas. Mussolini tuvo suerte de que su llegada al poder coincidiera con un repunte de la economía mundial. Este factor, unido al fin de los desmesurados gastos bélicos que tan negativamente habían afectado al erario público en 1921-1922, ayudó a que el ejercicio 1924-1925 se saldara con un superávit presupuestario. El éxito de su programa político en 1923-1924 contribuyó en gran medida a que Mussolini aplacara la tormenta suscitada por el asesinato de Matteotti.

La creación del Estado de partido único tras el 3 de enero de 1925 obligó a Mussolini a replantearse su política económica. Seguía necesitando el apoyo de los empresarios y los terratenientes por razones políticas (y el PNF no estaba en condiciones de ofrecer una clase patronal alternativa), pero ahora se veía presionado por los sectores más poderosos del partido, sobre todo por parte de las secciones sindicales, que querían que la revolución fascista impusiera una reestructuración del Estado de acuerdo con las líneas sindicalistas. En la primavera de 1925 los sindicatos fascistas (o «corporaciones»), liderados por Edmondo Rossoni, se hicieron más militantes y llevaron a cabo varias huelgas importantes, como la de las fábricas de maquinaria de Lombardía en marzo, en la que participaron más de 100.000 obreros. Los empresarios empezaron a alarmarse, y Mussolini también, por lo que se dispuso a contener a los sindicatos.

En abril de 1926 se aprobó la Ley Sindical, uno de los principales baluartes de la legislación fascista y obra sobre todo del ministro de Justicia, Alfredo Rocco, gran admirador de la economía alemana y sus

carteles y sindicatos monolíticos y que ambicionaba regular y someter a la economía italiana en interés de la producción. La principal preocupación de Rocco era poner a la clase obrera bajo el control del Estado. La mencionada ley ofrecía algunas compensaciones a los sindicalistas, como el hecho de confirmar el monopolio de los sindicatos fascistas en materia de negociación y el establecimiento de un tribunal independiente que ofreciera arbitraje obligatorio en caso de que un conflicto laboral quedase en vía muerta. Sin embargo, en esencia era una ley muy conservadora. Prohibía los paros laborales y las huelgas de celo, pero, sobre todo, no consiguió someter a los empresarios al control del Estado o el partido.

El resultado fue un sistema económico en el que los empresarios llevaban la batuta. Mientras que los obreros estaban representados en las negociaciones por delegados nombrados directamente desde el PNF (titulados universitarios de clase media por lo general), los directivos podían representarse a sí mismos. Mussolini siguió utilizando los términos «corporativismo» y «Estado corporativo», en parte como señal de reconocimiento hacia destacados fascistas como Giuseppe Bottai, para quien la Ley Sindical no era sino una etapa más para el establecimiento de sindicatos mixtos (o «corporaciones») de trabajadores y empresarios, y de una economía nacional planificada. Sin embargo, lo cierto es que el equilibrio de poder no se inclinaba precisamente del lado del sector sindicalista del partido. Edmondo Rossoni fue destituido en 1928, y la Confederación de Sindicatos Fascistas, que él había liderado, se dividió y, de hecho, se desintegró políticamente.

A partir de entonces, el «Estado corporativo» sería cualquier cosa menos sindicalista; como tampoco beneficiaría a la clase obrera. A pesar de la elaboración de documentos tan ostentosos como la Carta del Trabajo de 1927, donde se proclamaban una serie de garantías en diversos aspectos sociales y laborales (de los que casi ninguno se cumplió), quedaba claro que el fascismo no tenía gran cosa que ofrecer ni a los obreros industriales ni a los campesinos. Al final de la década de los veinte se redujeron de forma sustancial los salarios como consecuencia de una importante revalorización de la lira y, aunque se suponía que los recortes salariales irían paralelos a una bajada generalizada de los precios, el hecho es que millones de obreros experimentaron un empeoramiento en su nivel de vida. La constitución formal del «Estado corporativo» en 1934 no alteraría este aspecto en modo algu-

no: a las 22 nuevas corporaciones «mixtas» de trabajadores y empresarios les faltaba poder, y las decisiones económicas importantes se seguían adoptando como antaño.

Las consecuencias de tanta condescendencia para con los empresarios fueron especialmente duras en el sur, tanto económica como socialmente. En la víspera de la Marcha sobre Roma Mussolini había anunciado su intención de resolver el problema del sur. Sin embargo, una vez en el poder, su actitud fue más bien la de granjearse las simpatías de los grandes terratenientes, por lo que decidió no adoptar medidas que pudieran privarle de su apoyo. Este hecho resultó particularmente humillante para el principal experto en agricultura del gobierno, Arrigo Serpieri, quien en 1924 introdujo una ley radical sobre la *bonifica integrale*, el plan integral de reclamación de tierras, y por la cual se obligaba a los terratenientes a contribuir en los gastos de mejora de las propiedades o, de no hacerlo, hacer frente a la expropiación. Los terratenientes del sur (principal objetivo de Serpieri) montaron en cólera y presionaron para que se eliminase la cláusula de expropiación, cosa que consiguieron, de forma que acabaron con cualquier posibilidad real de que la «reclamación integral de tierras» se llevase a cabo de un modo efectivo en el sur del país.

El plan de «reclamación integral de tierras» se hizo notar bastante más en el resto del país, aunque en términos generales sus logros fueron mucho menos importantes de lo que pretendía hacer creer la propaganda fascista. Lo novedoso del sistema venía dado por un paquete de medidas de conjunto («integrales») muy ecléctico (como regadíos, acueductos, embalses, carreteras y viviendas) para la transformación de determinadas zonas. En algunos sitios, como la Maremma toscana o la Campaña romana, los resultados fueron realmente impresionantes. El éxito más sorprendente (y el que más publicidad recibió) fue el de los pantanos Pontinos al sur de Roma, donde se transformaron miles de hectáreas en pequeñas granjas y poblados. No obstante, en la mayoría de los casos la «reclamación integral de tierras» no se aplicaba de un modo lo suficientemente sistemático como para poseer efectos palpables sobre la agricultura.

El hecho de que Serpieri no consiguiera obligar a los terratenientes del sur a integrarse en el programa (en 1934 intentó que se volviera a introducir la expropiación, pero sólo consiguió que lo destituyeran) denotaba la impotencia del gobierno en el sur durante el periodo

fascista. En esta área el PNF estaba en gran medida controlado por los *latifondisti* y, sin representantes políticos independientes, los campesinos no podían luchar de un modo efectivo contra los recortes salariales o los incumplimientos de contrato. El nivel de vida de los obreros y pequeños propietarios del sur pareció disminuir en el periodo de entreguerras, en algunos casos quizá de forma dramática (sobre todo en los treinta), y el hecho de que después de 1921 los Estados Unidos decidieran imponer cuotas en el número de inmigrantes que entraban al país acabó por cerrar la válvula de escape más importante del sur.

Sólo se puede hacer una estimación del alcance del sufrimiento en que vivió el sur de Italia bajo el fascismo, dado que el régimen prohibió todo tratamiento informativo de «la cuestión del sur» (arguyendo que ese ya era un problema resuelto) e impidió que la prensa hiciese ningún tipo de referencia a la pobreza o la delincuencia que pudiese ser perjudicial. No cabe duda de que muchos pequeños propietarios se arruinaron a finales de los años veinte como consecuencia de la revalorización de la lira. No pudieron hacer frente a los pagos de la hipoteca y se vieron obligados a venderlo todo. La recesión mundial ocurrida tras 1929 fue probablemente incluso peor, ya que originó un enorme descenso en las exportaciones de productos como los cítricos, de los que dependían numerosos pequeños agricultores. La creciente pobreza en el sur obligó a decenas de miles de campesinos a dejar la tierra y emigrar a las grandes ciudades (a pesar de las prohibiciones oficiales: los mendigos daban una mala imagen del gobierno) (cfr. tabla 6). Esta situación contribuyó, con toda seguridad, a un aumento de la delincuencia.

Dado que el sur de Italia siempre había estado superpoblado, el intento del régimen de aumentar la población del país por medio de su tan cacareada «campana demográfica» parece, cuando menos, especialmente singular. No obstante, constituía un ejemplo de la primacía de la política sobre la economía en el periodo fascista. Mussolini lanzó esta campaña en 1927, declarando que la caída del Imperio romano se había debido a un descenso de la natalidad y que una de las mayores riquezas de la Italia contemporánea era su vitalidad demográfica. El principal inspirador de estas ideas era Corrado Gini, un demógrafo muy influido por las teorías francesas y alemanas contemporáneas sobre la decadencia. Mussolini, en todo caso, también estuvo influido por grupos católicos y clericales, ya que en este momento se



Figura 30. La «batalla del grano». A la izquierda, un cartel anunciando una exposición nacional de trigo, 1927 («año quinto» [Anno V] del régimen). A la derecha, un anuncio de un concurso nacional de cultivadores de trigo. La cabeza y el torso son clásicos, aunque quizá más griegos que romanos.

buscaba denodadamente una solución a la «cuestión romana», y una campaña para aumentar el índice de natalidad del país sin duda sería bien acogido por el Vaticano.

La campaña demográfica fue una mezcla de propaganda e incentivos económicos. Se ensalzaban las familias numerosas, a las madres prolíficas se les daban premios y eran recibidas por el Duce (quien se apresuró también a predicar con el ejemplo y tuvo dos hijos más). En la década de los treinta se introdujeron diversas medidas, como el subsidio familiar, exenciones fiscales por hijos, «subsidios por nacimiento» y «préstamos por matrimonio». Además, se introdujo un impuesto sancionador especial para aquellos hombres que no estuvieran casados. Sin embargo, a pesar de todas estas medidas, el índice de natalidad no pareció experimentar cambios sustanciales, y siguió sufriendo un descenso continuado a largo plazo, sobre todo en el norte del país, donde en algunas zonas cayó por debajo del nivel de sustitución. Es cierto que la población aumentó, pasando de los 41 millones de 1931 a los casi 47 millones en 1950, pero ello se debió principalmente al descenso de la tasa de mortalidad y, en todo caso, todavía estaba bas-

tante lejos del objetivo de Mussolini de alcanzar los 60 millones (véase tabla 5).

El alto índice de natalidad entre el campesinado fue una de las razones por las que el régimen dedicó tanta propaganda a la agricultura y la «ruralidad», si bien el dinero no iba a parar a donde el fascismo decía, sobre todo después del comienzo de la Gran Depresión. Durante los años treinta se redujeron o suspendieron muchas de las iniciativas agrícolas del periodo liberal, como las *cattedre ambulanti*. Es más, los precios en el sector industrial supieron comportarse mucho mejor que los agrícolas, con la sola excepción del trigo, que gracias a la «batalla del grano» (lanzada en 1925 para que Italia se autoabasteciera de cereal tras una desastrosa cosecha) recibió una gran protección. Este hecho potenció la producción de grano, pero también protegió a los agricultores ineficaces. Además, en el sur los resultados a largo plazo fueron particularmente negativos, ya que el trigo desplazó a otros cultivos (y pastos), lo que creó una situación peligrosamente rígida (y por lo tanto vulnerable) de casi monocultivo.

La industria continuó creciendo bajo el periodo fascista, en la línea de lo ya establecido durante el periodo giolittiano, y los sectores que más avanzaron fueron el químico, el eléctrico y el de maquinaria. Hacia mediados de los años veinte Italia era el mayor exportador del mundo de fibra artificial (rayón), y destacaba también en la exportación de colorantes sintéticos, productos farmacéuticos y fertilizantes. Se electrificó el ferrocarril, y las industrias de la radio y el teléfono se desarrollaron rápidamente. La industria automovilística estaba limitada por lo restringido del mercado interno, y en 1929 sólo produjo 55.000 vehículos, frente a los casi 250.000 de Gran Bretaña, aunque en general el sector de maquinaria experimentó un crecimiento apreciable. La industria ligera (ropa, piel o madera) introdujo importantes avances tecnológicos y sentó las bases para el éxito de muchas empresas más pequeñas durante la posguerra, sobre todo en regiones como la Toscana, las Marcas, Emilia-Romaña y el Véneto.

Durante los años treinta, y en respuesta a los problemas suscitados primero por la revalorización de la lira en 1926-1927 y luego por la Gran Depresión (que en general tuvieron menos repercusión para Italia que para los países más industrializados), el régimen llevó a cabo varias iniciativas importantes pero muy poco planificadas que influirían de un modo decisivo en el futuro desarrollo económico del país.

A partir de finales de los años veinte una serie de bancos empezaron a tener dificultades, ya que las empresas en las que habían invertido comenzaron a hundirse. En 1931, la situación del propio Banco de Italia estaba en entredicho. El gobierno intervino creando dos organismos: el IMI (Istituto Mobiliare Italiano) en 1931 y el IRI (Istituto per la Ricostruzione Industriale) en 1933, que salvaron del naufragio a los bancos y pasaron a tener el control de las acciones. El Estado pronto se encontraría con que controlaba el equivalente a la quinta parte del capital de las empresas industriales de Italia (acerías, astilleros e hidroeléctricas sobre todo). En Europa, sólo la Unión Soviética poseía un sector público mayor.

La eficacia del IRI quedó bien patente. En un principio había sido concebido como un *holding* temporal de empresas que se ocuparía de solucionar los problemas de las empresas que controlaba para luego devolverlas al sector privado, aunque más tarde, en 1937, se convertiría en un organismo con carácter permanente. Las empresas que formaban parte del IRI a menudo estaban a caballo entre el sector público y el privado, y compraban y vendían acciones de un modo muy competitivo. Gran parte de su éxito se debía a su independencia respecto al partido fascista. El IRI estaba dirigido por Alberto Beneduce, quien ya había sido ministro en el gobierno de Ivanoe Bonomi entre 1921-1922, y bajo su dirección se convertiría en centro de formación de una nueva y progresista generación de gestores cuya experiencia y cualificaciones contribuirían de modo decisivo a la reconstrucción de la economía italiana tras la guerra y al «milagro económico» de los años cincuenta y sesenta.

Otro avance importante durante los años treinta y que a largo plazo tendría repercusiones notables para la economía italiana fue la introducción de programas sociales, que en gran medida (como sucediera con el IMI y el IRI) surgieron en respuesta a los problemas originados con la Gran Depresión y no como reflejo de una política social o económica coherente. Los subsidios familiares se introdujeron en 1934, sobre todo como medida de compensación a los trabajadores por la pérdida de ingresos producto de la imposición de la jornada laboral de 40 horas. También se incluyeron en los acuerdos salariales el seguro de enfermedad y accidentes, y a finales de los años treinta se introdujeron las vacaciones pagadas y la paga extraordinaria de Navidad. Todas estas medidas ejercieron una gran presión sobre el erario

público, pero al régimen siempre le preocupaba más intentar mantener el apoyo político que el mantenimiento de una ortodoxia financiera.

Respondiendo a la larga tradición de pensamiento idealista de Italia, el fascismo se propuso construir una nación sobre unas bases espirituales, y no materiales, lo que puede explicar lo improvisado de muchas de sus iniciativas económicas. Para el régimen lo esencial no era el crecimiento económico, sino crear una identidad colectiva por medio de la propaganda y eventualmente la guerra. Se decía que el Estado liberal había fracasado a causa de su «agnosticismo», por no haber sabido reconocer que los países no viven sólo de pan, y que sin ideales (o una «misión», por utilizar el término mazziniano) no había defensa moral alguna contra las tendencias desintegradoras de los intereses privados, sectoriales o locales. En gran medida, el fascismo supuso un intento de construir una comunidad nacional en Italia.

LA CREACIÓN DE LA NACIÓN FASCISTA

El fascismo nació como un movimiento elitista: jóvenes que creían que su fortaleza moral había sacado a Italia de la ignominia de la neutralidad en 1915 y luego la habían llevado a la victoria en 1918. A pesar de que muchas de las ideas iniciales del movimiento fueron pronto sacrificadas en aras de la conveniencia política, el régimen siguió teniendo una fe elitista en los poderes creativos y purificadores de una voluntad superior. Mussolini decía que la principal misión del fascismo era forjar a una nueva clase de italianos, con nuevos valores y nuevos comportamientos. Esto sonaba al utopismo del siglo XVIII, pero, a diferencia de la Ilustración, el fascismo pretendía cambiar la sociedad no apelando a la razón, sino al aspecto irracional del hombre: el fascismo, según un *squadrista*, no era sino una sublevación contra el «intelecto» y «los hombres de cultura» en nombre de «la fe, la voluntad y el entusiasmo».

El intento de forjar una nueva comunidad nacional produjo una reacción de todos aquellos críticos del Estado liberal que durante tanto tiempo habían estado preocupados por el abismo emocional que separaba a las masas de las instituciones políticas. El fascismo se dispuso a salvar esta tremenda diferencia. Así, se propuso sustituir el débil sistema

parlamentario italiano por un régimen más dinámico construido sobre mitos y símbolos, el culto a los líderes y una instrumentación deliberada de las esperanzas, temores e inseguridades colectivas. Sin embargo, en cierto modo este experimento de ingeniería cultural estaba mal concebido. El fascismo nunca fue un sistema «totalitario», y en la práctica se vio obligado a transigir con una serie de sistemas de valores, muchos de los cuales tenían un alto contenido conservador. Hacia los años treinta el «fascista» había dejado de ser un joven bárbaro para ser un abnegado padre de familia, patriota, trabajador y religioso.

Uno de los aspectos más notables de este intento del régimen de ganar la voluntad popular era el «culto al Duce». El fascismo se vanagloriaba de los individuos heroicos: eran los grandes hombres, y no las fuerzas materiales impersonales, los verdaderos motores de la historia. Después de 1925 Mussolini fue objeto de un proceso de cuasi deificación, auspiciado principalmente por su hermano Arnaldo y fomentado por todo un coro de periodistas, algunos advenedizos y otros verdaderos seguidores, entre los que destacaba con mucho la amante de Mussolini, Margherita Sarfatti, una brillantísima mecenas de las artes, que en su biografía *Dux*, todo un éxito de ventas, describía a Mussolini como la encarnación de todo lo que era esencialmente romano: «Romano en el espíritu y en el semblante, Benito Mussolini es la resurrección de arquetipo itálico, que reaparece repetidas veces a lo largo de los siglos».

Durante los años treinta el «culto al Duce» alcanzó cotas extraordinarias. Por todas partes se hacían pintadas con las máximas de Mussolini («creer, obedecer, luchar», «vivir peligrosamente», «más vale comportarse un día como un león que cien como un cordero») y lemas del tipo «Mussolini siempre tiene razón». Los periodistas se vieron obligados a relatar sus acciones y discursos con elogios (y el aplauso que recibía era siempre «interminable», «de éxtasis» o «ensordecedor»). Achille Starace, el poco carismático pero leal secretario del partido durante casi todo el periodo de los años treinta, llevó el culto hasta extremos absurdos, arguyendo, por ejemplo, que los representantes del PNF se ponían firmes cuando hablaban por teléfono con el Duce. Por cuanto tenía de transparente, parece que el «culto al Duce» contribuyó en buena parte a crear un verdadero afecto y entusiasmo popular hacia Mussolini, y ayudó a otorgar al régimen un determinado nivel de cohesión que de otro modo no hubiera tenido.

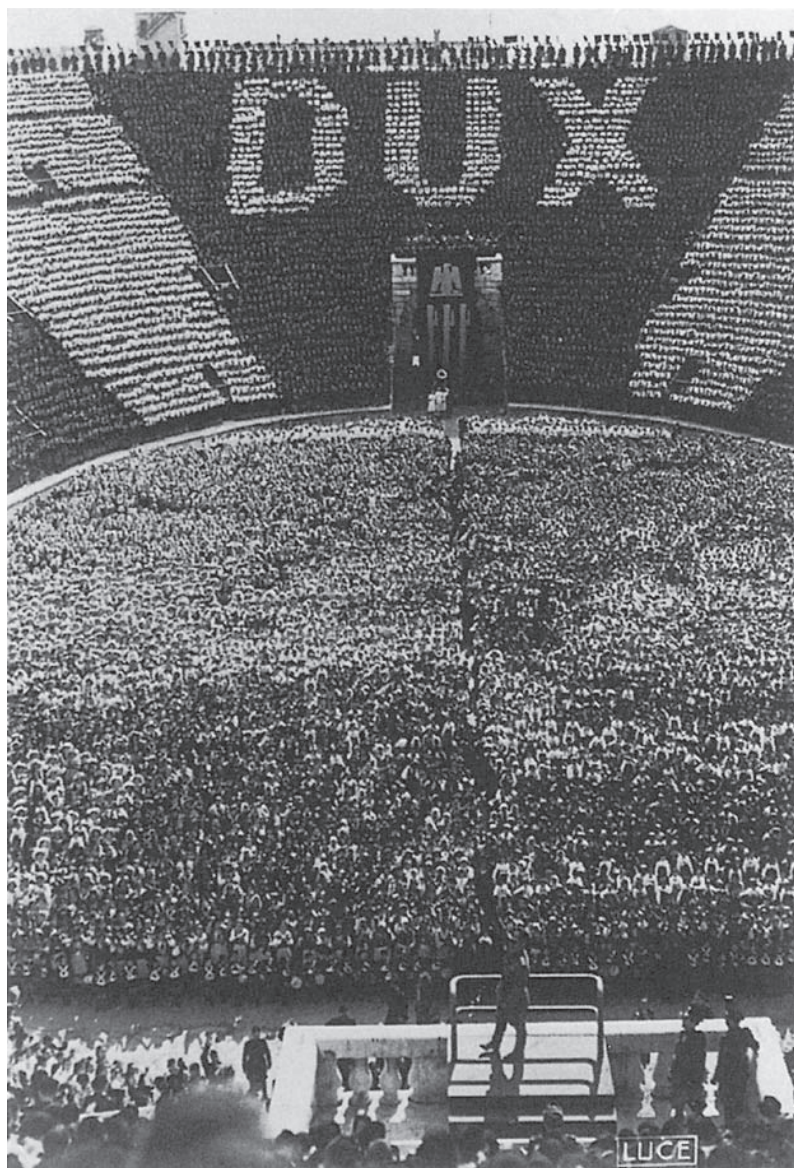


Figura 31. El culto al Duce. Mussolini se dirige a la multitud en un estadio de Venecia. Durante los años treinta (en parte bajo la influencia del nazismo) el fascismo hizo cada vez más uso de la escenificación coreográfica en su intento de movilizar a las masas.

En muchos sentidos el «culto al Duce» representaba la religión oficial del régimen, y el principal (y con frecuencia el único) criterio de lealtad política que el régimen exigía eran las alabanzas a la grandeza de Mussolini. En la práctica, existía bastante libertad para discutir y hasta criticar al régimen. Probablemente, una razón por la que tan sólo 11 de los 1.200 profesores universitarios que había entonces en Italia se negaron en 1931 a jurar lealtad al régimen era que sabían que no tendrían ningún problema para seguir expresándose con más o menos libertad en las revistas universitarias o en las aulas. Si acaso el prestar ese juramento les podía reportar un grado de libertad excepcional, puesto que el fascismo, como la Iglesia católica, estaba dispuesto a ser muy tolerante a cambio de unas muestras de conformismo.

El «culto al Duce» tenía otro propósito político importante. Había conseguido situar a Mussolini por encima del gobierno y del partido fascista, y había contribuido a desviar las críticas hacia su figura. Se podía afirmar que Mussolini no tenía la culpa de los problemas económicos del país y de la enorme corrupción e ineficacia de la burocracia, pero sí de las actuaciones de ministros incompetentes o funcionarios corruptos, que traicionaron la confianza del gran hombre y le ocultaron deliberadamente los problemas y sufrimientos reales del pueblo. El PNF era uno de los blancos de las críticas populares. A partir de finales de los años veinte el partido se deshizo de cualquier residuo de idealismo y vitalidad intelectual que pudiera quedar y se convirtió de un modo abrumador en una máquina de promoción y ascensos, por lo que la militancia aumentó hasta alcanzar más de los 2,5 millones de afiliados en 1939. La mayoría se afilió, como decía un chiste de la época, *Per Necessità Familiari* («Por necesidades familiares»).

Sin embargo, el régimen consideraba al partido fascista como un importante instrumento en la construcción de la adhesión popular. La juventud era uno de los objetivos primordiales, en parte porque desde sus comienzos el movimiento propugnaba el culto a la vitalidad y el rejuvenecimiento (*Giovinezza* –*Juventud*– era el título de su himno), y en parte también por el interés por el adoctrinamiento político. Las organizaciones juveniles del PNF cobraron mayor importancia a partir de 1926, cuando se reunieron bajo una única institución, la Opera Nazionale Balilla, que comprendía los Balilla (chicos de ocho a quince años de edad), los Avanguardie (de quince a dieciocho) y las Piccole Italiane (organización para chicas). Se daba muchísima importancia al deporte,

aunque también había un fuerte elemento paramilitar, con uniformes, desfiles y manifestaciones, demostraciones gimnásticas y mucha propaganda que alentara la lealtad y el orgullo de la nación (y del PNF).

Los experimentos más efectivos del fascismo en la construcción de la adhesión popular tenían que ver con el ocio. La Opera Nazionale Dopolavoro, creada en 1925, dirigía una vasta red de clubes locales e instalaciones recreativas (muchas de las cuales habían estado antes controladas por los socialistas), con bibliotecas, bares, salas de billar y campos de deportes. Los círculos de Dopolavoro organizaban conciertos, obras de teatro y sesiones de cine, además de excursiones de un día al mar y salidas al campo, e incluso ofrecían vacaciones de verano para niños a unos precios muy reducidos. En algunas zonas distribuían ayuda de la beneficencia. Hacia finales de los años treinta la organización Dopolavoro contaba con casi 4 millones de afiliados y muy probablemente consiguió penetrar en la clase trabajadora más que ningún otro organismo del partido. No obstante, era más activa en el norte que en el sur, y en muchas zonas rurales sus actividades eran a menudo esporádicas.

Durante el periodo de entreguerras el cine y el deporte eran sin duda las formas más populares de entretenimiento de masas, y el régimen se encargó de explotar su potencial como instrumentos de control social. Sin embargo, se utilizaban más como diversión que como instrumentos de propaganda del partido, y su contenido político sólo se limitaba al apoyo abierto por parte del régimen y al cariz «nacional» que se les daba. Se apoyaba con subvenciones a la industria cinematográfica del país y se restringían las importaciones, aunque la mayoría de las producciones italianas durante los años treinta eran comedias de evasión o dramas, que mostraban un carácter opulento de clase media (simbolizado por el «teléfono blanco») que las diferenciaba muy poco de sus homólogos hollywoodenses. De las relativamente pocas películas comerciales con una temática claramente «fascista», tan sólo una o dos tuvieron alguna aceptación entre el público en general (la *Vecchia Guardia* de Blasetti, por ejemplo).

El deporte se consideraba una buena actividad «fascista»: se dio mucha publicidad a la supuesta habilidad de Mussolini al volante o montando a caballo. El régimen fomentaba mucho las carreras de automóviles, el fútbol (Italia ganaría la Copa del Mundo en dos ocasiones durante los años treinta), el ciclismo, el boxeo y el esquí. Además, en los años treinta los representantes del partido se vieron obli-

gados a predicar con el ejemplo saltando potros de gimnasia o a través de aros. Volar era considerado como algo especialmente «fascista». Dos de los hijos de Mussolini eran pilotos, e Italo Balbo, el que fuera *ras* de Ferrara, fue aclamado como héroe nacional por sus vuelos de larga distancia. No hay duda de que el régimen sacó un gran provecho político de su íntima identificación con el deporte, y en gran parte se debe precisamente al fascismo el hecho de que el deporte se convirtiera en un elemento «nacional» de la cultura italiana.

El deseo del fascismo por ser «totalitario» (Mussolini fue el primero en acuñar el término) debería haber surtido efecto contra cualquier malentendido con la Iglesia. Lo cierto es que existía tensión: en 1928 se clausuró el Movimiento Scout Católico (rival de las organizaciones fascistas juveniles). No obstante, las ventajas políticas de un acuerdo con el papa eran demasiado grandes como para que Mussolini las dejara pasar por alto, y en 1929, en medio de grandes fanfarrias, la cuestión romana quedó finalmente zanjada. El Vaticano se convirtió en Estado soberano y se le entregó una gran cantidad de dinero en compensación por la pérdida de territorios pontificios en 1860 y 1870. Sin embargo, las concesiones más importantes venían dadas por un Concordato adjunto, por el que se extendía la enseñanza religiosa a la enseñanza primaria y secundaria, y por el que se garantizaba autonomía a Acción Católica, la principal organización laica de la Iglesia, a condición de que se mantuviera al margen de la política.

La resolución de la cuestión romana supuso un gran logro político para Mussolini, puesto que aumentó su prestigio, tanto a nivel nacional como internacional y, lo que es más importante, permitió al fascismo llevar a cabo la idea que durante tanto tiempo albergara el Estado liberal de utilizar a la Iglesia como instrumento para asegurarse el consentimiento político de las masas. De hecho, tan pronto como se firmaron los Pactos Lateranenses, el gobierno organizó un plebiscito, en el que se pedía a los votantes que aceptaran o rechazaran una lista de 400 candidatos a una remodelada (y en gran parte consultiva) Cámara de Diputados. El clero apoyó de un modo activo a los prefectos y representantes del partido, y lo cierto es que los resultados fueron realmente impresionantes: más de 8,5 millones votaron SÍ y tan sólo 136.000 votaron NO. El régimen cobraba así una nueva categoría de legitimidad moral, y Mussolini —«el hombre enviado por la providencia», como lo llamaba el papa— parecía inexpugnable.

Sin embargo, esta reconciliación con la Iglesia costó cara. Al conceder independencia a Acción Católica, con su vasta red de organizaciones parroquiales, el fascismo renunciaba a toda aspiración seria a un monopolio ideológico. Los riesgos políticos a más largo plazo eran considerables, ya que Acción Católica era vista por el Vaticano como un instrumento explícito para penetrar en la sociedad civil y para la preparación de una elite católica seglar. Mussolini era consciente de estos riesgos, y en 1931 lanzó un ataque contra Acción Católica, acusándola de quebrantar el concordato. La Iglesia realizó concesiones. No obstante, Acción Católica siguió constituyendo una fuerza de peso en la sociedad italiana, con cerca de un millón de afiliados en los años treinta. Su asociación de estudiantes, la FUCI, tenía especial influencia: muchos de los líderes democristianos de posguerra pasaron por sus filas.

Determinados aspectos del fascismo encajaban a la perfección con la ideología católica: su oposición al socialismo y al liberalismo, su sentido de la jerarquía y el ritual y su fe en las virtudes de la vida rural (y los males de la urbanización). Sin embargo, el fascismo en el fondo era esencialmente pagano. Su concepto del «nuevo hombre», acuñado por las organizaciones juveniles y la propaganda del partido, era el de un guerrero (viril, patriota, disciplinado y austero) y el de la «nueva mujer», la mujer del guerrero (fiel y diligente, educadora de los hijos y guardiana del hogar familiar.) El modelo espiritual del fascismo estaba en la Roma de los césares, no en la de los papas, y era precisamente de la antigua Roma de donde provenía la mayor parte del simbolismo del régimen. «El fascismo, en su totalidad», escribiría un destacado educacionista en 1929, «es la resurrección del romanismo (*romanità*)».

El culto a la antigua Roma formaba parte del intento del fascismo por crear una nueva identidad nacional. El liberalismo y la democracia parlamentaria podían ser desechados como importaciones extranjeras; el fascismo, en cambio, era algo autóctono, un resurgimiento del verdadero genio de Italia y su pueblo que vuelven, pasando por el Renacimiento, a la época de los césares. El «romanismo» impregnaba cada rincón de la vida fascista. El símbolo fascista —un puñado de varas de las que emerge la cabeza de un hacha— era romano, al igual que el saludo fascista. La historia de Roma recibía un tratamiento especial y los programas de estudio escolares; la Milicia y las organizaciones juveniles se basaban en el modelo del ejército romano; el 21 de abril, fecha tradicio-

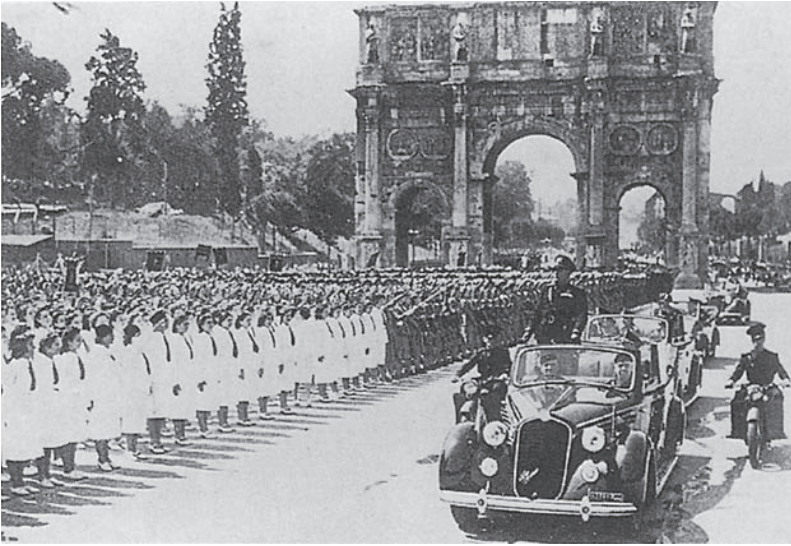


Figura 32. Mujeres movilizadas. Mussolini pasa revista a las organizaciones fascistas de mujeres frente al Arco de Constantino, en Roma. El régimen asignó a la mujer un papel muy tradicional como educadoras de sus hijos y «ángeles de la tierra», aunque también hizo que participaran en la vida política nacional como nunca lo habían hecho.

nal de la fundación de Roma, pasó a ser día festivo, y la retórica del régimen estaba preñada de términos latinos y alusiones a Roma.

La pintura, la arquitectura y la escultura también pasaron por este proceso de romanización, aunque en general el régimen nunca llevó a cabo una política coherente en materia artística, en parte porque al propio Mussolini no le interesaba mucho, pero también (y quizá principalmente) porque el enfrentamiento entre las tendencias progresistas y conservadoras en el seno del fascismo cobraba una virulencia especial en el mundo de la cultura, y demostró ser un asunto difícil de resolver. En cualquier caso, el grupo de pintores *Novecento*, reunido en torno a la figura de Margherita Sarfatti, se vio muy favorecido por el mecenazgo oficial durante los años veinte, probablemente porque su concepción «moderna» del arte clásico parecía salvar las diferencias entre el sector tradicionalista y el progresista. Lo mismo sucedía con el estilo arquitectónico «imperial» de los años treinta, que utilizaba las formas clásicas romanas (el arco de medio punto, sobre todo) con una perspectiva moderna.

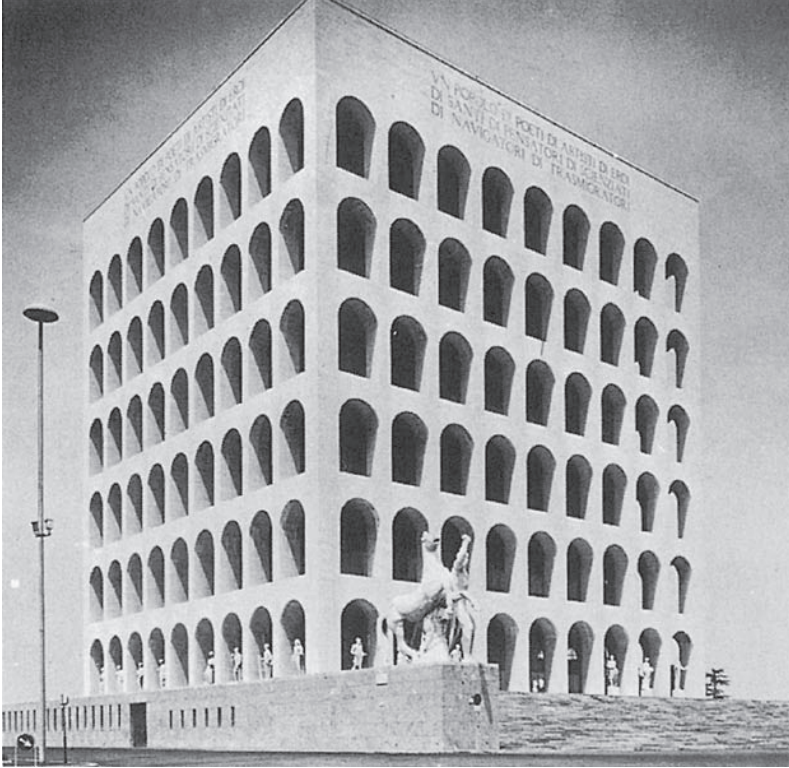


Figura 33. El estilo arquitectónico «imperial». El Palacio de la Civilización del Trabajo, de Marcello Piacentini, diseñado entre 1940-1941 para la Exposición Universal de Roma (EUR), una interpretación moderna de los motivos romanos clásicos.

El culto al «romanismo» era un aspecto representativo del deseo del régimen por fortalecer los sentimientos de identidad nacional. Otro de estos aspectos venía dado por el intento de purificar la lengua italiana. En 1926 dio comienzo una campaña contra los extranjerismos, pero no sería hasta mediados de los años treinta cuando se adoptarían serias medidas para la erradicación de estas palabras y la introducción de equivalentes «italianos»: un «cóctel» sería un *arlecchino*, el «coñac», *ratafià*, y así sucesivamente. Este algo extraño experimento del nacionalismo no hacía sino reflejar un mayor grado de intervencionismo cultural por parte del régimen en puertas de la Segunda Guerra Mundial, y en buena parte tenía su origen en la creciente

influencia de la Alemania nazi. En 1937 se creó el Ministerio de la Cultura Popular, que se encargaría de controlar de un modo más sistemático a la prensa y a los medios de comunicación, así como de intensificar la propaganda política.

Las escuelas eran un instrumento evidente de propaganda, y a partir de finales de los años veinte el régimen iba a establecer programas de estudio que se adaptaran a los necesidades de la nueva era fascista. Los mayores cambios se dieron en la enseñanza primaria, donde se introdujo un único libro de texto estatal, en el que todas las asignaturas se enseñaban siguiendo el modelo de la vida de Mussolini o aspectos del PNF como ejemplos ilustrativos. En la enseñanza secundaria el gobierno se vio obligado a actuar de una forma bastante menos dura, en parte porque no podía imponer el mismo grado de disciplina a los profesores que en la enseñanza primaria (donde era más fácil encontrar a sustitutos), pero también porque la clase media —cuyos hijos abarrotaban los *licei*— se habría ofendido ante un exceso de propaganda descarada. Como contrapartida se imprimió un carácter más nacionalista a los cursos, haciendo mayor hincapié en el *Risorgimento*, en el papel de Italia en la Primera Guerra Mundial y en los logros de los intelectuales italianos.

Sin embargo, el impacto de la propaganda fascista, ya fuera en las escuelas o en otras parcelas de la vida nacional, siempre estuvo destinado a ser acallado. Sin una depuración sistemática de la burocracia, algunos sectores clave del Estado seguían en manos de las viejas elites y, por otra parte, Mussolini nunca estuvo en una posición lo suficientemente fuerte como para garantizar que estas se atendrían a lo dispuesto. Desde un primer momento, el poder de Mussolini dependió de la cooperación negociada de los grandes empresarios, el ejército, los grandes terratenientes y otros grupos, cuya falta de control por parte del partido implicó que buena parte de su carácter corporativo probablemente permaneciera intacto durante el periodo de entreguerras. La influencia de la Iglesia, a la que hay que añadir la segura independencia de Acción Católica y una creciente presencia de la enseñanza religiosa en las aulas, vinieron a sumarse a la pluralidad de valores.

Uno de los mayores obstáculos para que el régimen consiguiera la adhesión popular eran los problemas económicos a que se enfrentaba buena parte de la población. Si bien es cierto que no sólo de pan vive el hombre —como afirmaba con vehemencia el fascismo—, tampoco podía vivir sin él. Los informes que llegaban del sur del país, sobre todo

Tabla 10. Estudiantes matriculados en la universidad

	1861	1880	1900	1920	1940	1960	1970	1980	1998
Austria	8.043	13.264	24.140	21.967 ^b	—	40.815	57.297	121.000	242.000
Francia				49.931	76.485	210.900	651.368	864.000	1.591.000
Alemania (Alemania Occidental, desde 1960)				119.412	49.702	212.021	411.520	818.000	2.156.000
España	7.679	15.732 ^a		23.508	33.763	62.105	168.612	424.000	906.000
Reino Unido				58.952 ^c	44.034	130.000	259.000	340.000	627.000
Italia	6.504	11.871	26.033	53.239	127.058	191.790	560.605	764.000	1.334.000

Notas: ^a1882. ^b1921. ^c1922.

Nótese el desproporcionado crecimiento del número de estudiantes en Italia durante el periodo de entreguerras.

Fuentes: B. R. Mitchell, *International Historical Statistics, Europe 1750-2005* (Basingstoke, 2007).

a finales de los años treinta, hablaban de una situación de seria pobreza. «Su Excelencia debe conocer la situación que vivimos aquí en Sicilia», le dirían al secretario del partido en 1937: «[En Palermo] hay mucha gente que vive hacinada en las calles de los barrios bajos, gente sin trabajo que se va a la cama sin haber comido ni un plato de sopa [...]. Como una mujer me dijo una vez: “No entiendo cómo todo el mundo sufre y nadie se ha rebelado todavía”». Dos años más tarde, otro informe sobre las familias del interior de Sicilia señalaba que sólo tenían «raíces y hierbas» para comer. La corrupción y el crimen organizado también abundaban en la isla, aunque nadie se atrevía a hablar de la Mafia en público, ya que se suponía que con el fascismo había dejado de existir.

Un último problema con que se enfrentaba el fascismo a la hora de intentar conseguir el respaldo popular era su vacío intelectual. El régimen se había construido sobre la base de la negación política: el culto al Duce, la retórica patriótica, los desfiles y uniformes, las películas, el fútbol y las excursiones al mar no eran sino una pobre compensación frente a la falta de ideas serias y un debate político real. A principios de los años treinta ya era evidente que el fascismo había perdido su ímpetu ideológico, y el hecho de que el «Estado corporativo» naciera ya muerto en 1934 fue para muchos la gota que colmó el vaso. Se necesitaba un nuevo impulso.

El partido fascista era una máquina corrupta de clientilismo dirigida por mediocres hombres de mediana edad. La burocracia brillaba por su ineficacia, y el cinismo y la indiferencia parecían florecer por todas partes. La frustración empezaba a hacer mella entre los jóvenes, y sobre todo entre los jóvenes universitarios, en quienes el régimen había puesto los ojos para que formasen la nueva generación de líderes y que tanto habían aumentado durante el periodo de entreguerras (véase tabla 10). Mussolini respondió lanzando una campaña radical de medidas «antiburguesas» en un intento final desesperado por forjar a «nuevos» italianos, lo que empujaría al país a la guerra.

LA GUERRA Y EL FINAL DEL FASCISMO

Como resultado de la revuelta contra el positivismo, el fascismo puso mucho énfasis en la voluntad, la acción y la creatividad de la violencia. La guerra suponía el culmen de la actividad fascista, y una razón

fundamental por la que el régimen se tomó tantas molestias en crear un sentimiento de identidad colectiva era preparar a los italianos para que lucharan y murieran por su país. «Para mí [...] el país está en un estado de guerra permanente», declararía Mussolini en diciembre de 1925. No era de sorprender, por tanto, que muchas de las iniciativas fascistas tuvieran una dimensión abiertamente militar. La campaña demográfica, la promoción del deporte y la actividad física, las organizaciones juveniles y la búsqueda de una mayor autosuficiencia económica (que comenzaría con la «batalla del grano»)..., todas estas medidas estaban designadas, al menos a un nivel, con el fin de preparar a Italia para la guerra.

Sin embargo, como en tantas otras facetas, el fascismo no seguía una línea de conducta consecuente. Igual que muchos para quienes los sucesos de 1915-1918 habían supuesto una experiencia moral y política suprema, Mussolini era favorable a perpetuar los valores y la retórica de la guerra. Sin embargo, durante los años veinte el fascismo libró sus batallas principalmente contra enemigos impersonales y autóctonos: el PSI, los comunistas, liberales, *popolari*, el grano extranjero y el descenso demográfico. Con la excepción del bombardeo de Corfú en 1923, Mussolini no prestó demasiada consideración a asuntos como la agresión o la expansión de territorios. Consideraba el fascismo como un fenómeno esencialmente italiano, y no sería hasta finales de los años veinte cuando, con la ayuda del filósofo Giovanni Gentile, se dispuso a propugnarlo como ideología y doctrina a nivel internacional.

Una vez se hubo consolidado el régimen en el país, Mussolini comenzó a prestar cada vez más atención a la política exterior. En esta, como en otras parcelas, el fascismo era un tanto ecléctico. Durante 1920-1921 el movimiento fascista había explotado la retórica de la «victoria mutilada», y la idea de intentar que se revisara el Tratado de Versalles cobró popularidad entre muchos miembros del partido. Lo que no estaba muy claro, sin embargo, era cómo se conseguiría esto. Mussolini intentó desestabilizar los Balcanes desde 1926 apoyando a grupos terroristas locales, pero tendría un éxito muy limitado. El nacionalismo tuvo una influencia muy importante sobre la política exterior fascista: la idea de Italia como «nación proletaria» que necesitaba, por razones demográficas, embarcarse en una expansión imperial en el Mediterráneo era uno de los principios adoptados por el fascismo y expuestos insistentemente a partir de finales de los años veinte.

La principal táctica de Mussolini en materia de política exterior consistía en intentar ganar concesiones por medio de repentinas y cambiantes oscilaciones entre la beligerancia y la sumisión. Sin embargo, a partir de enero de 1933 Mussolini se encontraría con un rival en este juego. Al principio Mussolini no parecía tomar muy en serio a Hitler, pero el hecho de que el líder alemán se retirara de la Liga de las Naciones lo alarmó: el monopolio de la impredecibilidad de Mussolini parecía estar en entredicho. En 1934 el canciller austriaco Dollfuss (a quien Mussolini había considerado su protegido) fue asesinado en un atentado nazi: su esposa se encontraba con Mussolini en ese momento. Mussolini montó en cólera y ordenó la movilización de las tropas sobre el Brennero. Empezaba a mostrarse engreído, y sus pensamientos se volcaron hacia una imagen de sí mismo en el extranjero.

Desde finales de los años veinte Mussolini hablaba cada vez más de la necesidad de expansión colonial de Italia. En su opinión, este hecho estaba justificado por el excedente de población del país. En 1932, tras una campaña salvaje para acabar con las rebeliones tribales en Libia (y que implicaban el uso del gas y los campos de concentración), se hicieron los planes preparatorios para la invasión de Etiopía, planes que llevaría a cabo en el mes de octubre de 1935. La conquista de Etiopía resultó costosísima, sobre todo por las sanciones que impuso la Liga de las Naciones, y hasta se llegó al punto de pedir a las mujeres casadas que entregasen sus anillos de boda para reforzar un poco las reservas de oro. Sin embargo, el principal coste fue político. Italia había perdido su credibilidad ante la comunidad internacional (concretamente ante Gran Bretaña y Francia) y Mussolini había dado un giro irrevocable hacia Alemania. A finales de 1936 el Duce ya hacía referencia al «eje Berlín-Roma».

Parece que, precisamente a causa de todos estos hechos, la conquista de Etiopía fue verdaderamente popular en Italia. Los dolorosos recuerdos de Adua en 1896 ya estaban borrados: la viuda del poco afortunado comandante de Crispi, Baratieri, envió un telegrama a Mussolini dándole las gracias por haber vengado a su marido. Hasta Benedetto Croce estaba de acuerdo. Probablemente, los apoyos de Mussolini en su propio país nunca fueron tantos, y en mayo de 1936 anunciaba ante la masa enfervorizada que lo escuchaba bajo el balcón del palacio Venezia la fundación del Imperio italiano. Se inauguró una nueva calle en el corazón de Roma, la Via dell'Impero, flanqueada por

mapas del Imperio romano, entre el Capitolio y el Coliseo, simbolizando así la herencia por el fascismo del manto de los césares.

El factor Etiopía le dio a Mussolini una confianza en sí mismo bastante peligrosa. Estaba convencido de que las democracias occidentales eran decadentes. Para él, el debate de la Unión de Oxford de 1933, donde se promulgaría el famoso voto en contra de la guerra, no era sino un signo claro de que Gran Bretaña ya no tenía el propósito de luchar. El futuro, al parecer, estaba en el fascismo. A principios de 1936 empezó a enviar tropas a España para que ayudaran al general Franco a combatir a los republicanos. No existía ninguna razón real para adoptar esta postura, y el sentido común indicaba que se debía hacer todo lo contrario, pero el sentido común era algo que cada vez tenía menos cabida en los cálculos de Mussolini. La Guerra Civil Española se prolongaba mucho más de lo previsto y exigía grandes contingentes de tropas y aviones italianos. Con esta guerra también se desvanecía toda posibilidad de una reconciliación con Francia y Gran Bretaña, empujando a Italia hacia los brazos de Alemania con más fuerza que nunca.

En el otoño de 1937 Mussolini visitó Alemania y recibió un trato de casi semidiós. Se prometió apoyar a Hitler en su campaña de «fascistizar» Europa, y proclamó que ambos países «marcharían juntos hasta el final». El viaje culminó con una espectacular manifestación en pleno Berlín, donde Mussolini se dirigió a una multitud de varios cientos de miles de personas en medio de una fuerte tormenta. A partir de entonces Mussolini se convirtió prácticamente en el «esclavo» de Alemania y, bajo la influencia del nazismo, el fascismo sufriría una última metamorfosis, volviendo a su radicalismo antiburgués de 1919-1920 e intentando, con un aire de absurdidad casi cómica, fabricar al «nuevo hombre» que tan estruendosamente habían fracasado en crear durante la década y media anterior.

En 1938 el régimen introdujo la «reforma de las costumbres». De la noche a la mañana estrechar la mano de alguien como saludo fue prohibido por ser antihigiénico, debiendo usarse el «saludo romano» en su lugar —el antebrazo derecho levantado verticalmente—. La forma cortés para dirigirse a alguien, *Lei*, se consideraba poco viril, y también fue prohibida, siendo sustituida por la forma *Voì*. Los funcionarios se vieron obligados a vestir uniforme y se introdujeron restricciones sobre el hábito de beber café, que ahora se consideraba algo decadente. Estaba claro que estas reformas se introdujeron principal-

mente para impresionar a Hitler y subrayar el parentesco entre nazismo y fascismo, y quedó claro desde el momento en que se impuso un nuevo paso en el ejército italiano, el *passo romano*, que no era sino el paso de la oca del ejército alemán. Esta medida ofendió especialmente al rey, a quien le importaba, más que cualquier otra cosa quizá, la dignidad del ejército.

El ejemplo más notorio de imitación de la Alemania nazi por parte de Italia fue la aprobación de las leyes raciales. La conquista de Etiopía en 1935-1936 llevó a la decisión por parte del régimen de forjar un implacable modo de pensar «imperialista» basado en una sensación de superioridad étnica. En 1937 se aprobaron por consiguiente leyes que prohibían la cohabitación entre italianos y africanos. A estas medidas siguió en el otoño de 1938 una legislación antisemita. A los judíos italianos se les prohibió que se casaran con «arias», que tuvieran un trabajo en la Administración, la pertenencia al partido y que fueran propietarios de más de 50 hectáreas de terreno. Esto era algo fuera de lo común. Tan sólo unos años antes Mussolini había negado abiertamente la existencia de problemas de tipo racial en Italia, y durante mucho tiempo él mismo había tenido una amante judía. Los judíos italianos no eran muchos, unos 45.000, pero entre ellos se contaban numerosas y destacadas figuras universitarias y del mundo de los negocios, que también estaban bien integrados. La inmensa mayoría de los italianos sintió una profunda sensación de indignación ante estas leyes, y la propia Iglesia también las condenó, aunque no con dureza.

Las leyes raciales y la «reforma de las costumbres» atrajeron considerable apoyo de los intelectuales más jóvenes que habían estado esperando que el régimen intensificara su impulso ideológico. Pero, para la mayoría de los italianos, el nuevo radicalismo del fascismo era probablemente menos preocupante que la situación económica en el país en 1936-1939. Las sanciones impuestas por la Liga de las Naciones tras la invasión de Etiopía obligaron a Italia a redirigir gran parte de su mercado hacia Alemania (véase tabla 8), pero tenía poco que ofrecer a Italia y la suya era, por tanto, una posición comercial débil. Su capacidad para adquirir materias primas absolutamente necesarias se veía ahora coartada de un modo radical, y durante 1936-1938 tan sólo pudo importar la mitad de lo que hiciera en 1913. La industria italiana tenía serios problemas. Se introdujeron medidas como las licencias comerciales, los carteles y el establecimiento de precios, pero en cualquier caso el coste de

mantener la producción industrial de Italia fue enorme para el contribuyente. Una medida especialmente impopular fue la del «préstamo forzado» de un 5 por 100 del valor de la vivienda.

Ante la restricción de las importaciones, el gobierno se embarcó en una política de autosuficiencia económica o «autarquía». Hubo algunos sectores industriales que se vieron especialmente beneficiados, como el aluminio, que experimentó un rápido crecimiento. La mayor parte se producía en Porto Marghera, una gran zona industrial cerca de Venecia construida después de 1922 y que hacia 1939 empleaba a 15.000 personas. El sector del petróleo recibió un nuevo empuje por parte de AGIP, la empresa petrolera estatal, que hacia 1939 ya suministraba más de la cuarta parte de las necesidades nacionales. Se buscaron alternativas sintéticas a las importaciones: la lana se sustituyó por *lanital* (fabricado a partir del queso) y el algodón por rayón. Sin embargo, tales iniciativas tuvieron un éxito limitado. En 1939 la producción interna representaba tan sólo un quinto de todos los productos primarios que Italia necesitaba. El país no estaba en condiciones de afrontar una guerra.

No está claro si el creciente carácter antiburgués y radical del régimen a finales de los años treinta fue el intento de mitigar los temores económicos y de disipar la creciente ira popular por la corrupción y la ineficiencia del Estado —y del PNF en particular.

Todos los indicadores señalan, sin embargo, que el sentido de la realidad de Mussolini empezó a disminuir rápidamente a finales de los años treinta, tendencia que no se vio favorecida por todo un séquito de mediocres y aduladores temerosos de decir la verdad. Mussolini también se encontraba enfermo y sufría dolores casi continuos. Vociferaba sobre la necesidad de una guerra que endureciera a los italianos, que, según decía él, debían ser azotados constantemente, porque carecían de sentido de la disciplina o la obediencia. Su retórica beligerante estaba en parte meticulosamente calculada para atemorizar a franceses y británicos y arrancarles concesiones, aunque algunas indicaciones señalan que él mismo también creía en esa retórica a veces.

Lo cierto es que el ejército italiano (como la economía italiana) no estaba preparado para soportar una guerra moderna durante mucho tiempo: carecía de equipamiento y preparación. A pesar de toda su retórica marcial, el régimen no consiguió llevar a cabo ninguna planificación estratégica seria. La marina no tenía muchos portaaviones (aunque sí que tenía algunos buques de guerra excelentes y una

flota de submarinos de primera) el ejército tan sólo contaba con 1.500 tanques en 1939, la mayoría de ellos ligeros (Mussolini pensaba que iban más con el carácter italiano), y la fuerza aérea no tenía bombarderos de largo radio de acción y sus cazas eran demasiado lentos. También existía una tremenda escasez de vehículos de transporte. Al parecer, no se había tenido muy en cuenta la clase de conflicto en el que Italia iba a entrar: ni siquiera parecía haber planes para una guerra en el Mediterráneo.

La mayoría de los problemas de las Fuerzas Armadas italianas se debían a un mal liderazgo. El estamento de oficiales era viejo, conservador y desmedidamente pasado de moda: seguía aferrándose a la idea de que la moral —y no la tecnología— era la clave del éxito. Otro error fatal era la intensa rivalidad entre el ejército, la marina y la fuerza aérea, lo que originó una falta de cooperación y fue probablemente la principal razón por la que había tan pocos portaaviones y por la que el potencial antiaéreo italiano era tan insuficiente. Sin embargo, Mussolini era precisamente el principal culpable de la situación. Creyó poseer ciertas dotes militares, y se empeñó en ser jefe del ejército, la marina y el ejército del aire al mismo tiempo, pero sus decisiones (si es que las tomaba él) rara vez eran fruto de una consulta seria, sino que provenían de una peligrosa fe en su propia intuición.

En agosto de 1939 el conde Ciano, el yerno y ministro de Asuntos Exteriores de Mussolini, tuvo conocimiento de la intención de Hitler de invadir Polonia. Estaba horrorizado: Italia estaba militarmente vinculada a Alemania por el «Pacto de Acero» del mes de mayo anterior, y ahora se veía abocada al desastre. Por desgracia, Hitler probablemente le contó a Mussolini sus planes en una de sus reuniones y puede que Mussolini diera a entender que estaba de acuerdo: se jactaba de hablar bien el alemán y no hubo intérpretes de por medio. Urgía encontrar una salida al problema. Mussolini se apresuró a anunciar que sólo participaría si Alemania enviaba 17.000 trenes llenos de munición, una cantidad que él mismo sabía que era imposible, así que, cuando la guerra estalló en septiembre, proclamó, no sin cierta satisfacción por la elección de las palabras, que Italia era «no beligerante».

Sin embargo, en el mes de mayo siguiente, con Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda invadidas y Francia en proceso de serlo, a Mussolini le resultó difícil no sumarse a la contienda. En la primavera de 1939 se había anexionado Albania (que durante algunos años sería

un protectorado italiano) como compensación por la anexión de Checoslovaquia por parte de Hitler, y ahora andaba en busca de algunas sobras sustanciosas, sobre todo en el Mediterráneo. El 10 de junio de 1940, en medio de una sensación general más marcada por la perplejidad que por el entusiasmo, anunció que Italia entraría en guerra, y unos días más tarde ordenaría al ejército que atravesara los Alpes franceses. La pobre imagen de las tropas italianas en esta breve campaña no hizo sino subrayar la falta de preparación militar de Italia al tiempo que denotaba la ausencia de una planificación seria. No obstante, Mussolini estaba seguro de que las hostilidades cesarían pronto y que Italia se erigiría en la potencia dominante del Mediterráneo.

Este fue sin duda su fallo más garrafal. Italia se había visto arrastrada a una guerra para la que se había preparado con poco más que bravatas y retórica. Durante los siguientes tres años se sucedieron toda una serie de fiascos militares. A finales del otoño de 1940 Mussolini invadió súbitamente Grecia: las fuerzas italianas fueron derrotadas y Alemania tuvo que intervenir para salvar la situación y, lo que es peor, la Marina italiana sufrió un serio revés en cabo Matapán del que nunca se recuperaría. En la primavera de 1941 se perdieron las posesiones en el África oriental, y ese mismo año Mussolini insistió en aportar más de 200.000 hombres al funesto ataque sobre la Unión Soviética. En el norte de África, la batalla de El Alamein preparó el camino para la posterior capitulación de los ejércitos del Eje en mayo de 1943 y la pérdida, después de más de treinta años, de Libia. En el mes de julio de 1943 la propia Italia se enfrentaría a la invasión.

En el frente interior la moral estaba muy baja a causa de la escasez de alimentos y los bombardeos aliados. En 1941 se introdujeron racionamientos de los productos más básicos. Por otra parte, la disminución de la producción agrícola y la tendencia de muchos campesinos a no entregar al Estado lo que producían (ya estuviera destinado al consumo propio o al mercado negro) causaron un empeoramiento de las condiciones en las ciudades. Los bombardeos aéreos no hacían más que agravar la situación, y el derrotismo era generalizado. En marzo de 1943 Italia sufrió el primer conflicto laboral serio en casi veinte años, cuando más de 100.000 trabajadores fueron a la huelga en Turín. Las protestas pronto se generalizarían a otras zonas del norte del país; tenían un carácter claramente político y económico y estaban promovidas por activistas comunistas que operaban de forma clandestina en

muchas fábricas. La Italia fascista no sólo se desmoronaba por fuera, sino también por dentro.

Con una derrota inminente, en Roma se respiraba un ambiente de intrigas y conspiraciones. El problema era cómo sacar a Italia de la guerra. La Corte se convirtió en el punto de mira de muchas de las intrigas, ya que el rey aún tenía el derecho constitucional de destituir a Mussolini y elegir a un sucesor. A esto hay que añadir que el ejército seguía siendo fiel a la Corona, al igual que los *carabinieri* y la policía. Sin embargo, el rey (que de todas formas no era muy valiente) no se atrevía a actuar de una forma demasiado ostentosa por miedo a poner en peligro su propia posición. Afortunadamente para él, algunos destacados fascistas habían llegado a la conclusión de que la única esperanza de poder salvar algo de las ruinas era deshacerse de Mussolini.

El 10 de julio de 1943 las fuerzas aliadas entraron en Sicilia y encontraron poca oposición. De hecho, los isleños recibieron a los invasores con los brazos abiertos. Su lealtad para con el fascismo se había visto mermada por años de dejadez, de destrucción provocada por la guerra y gestos tan abrumadoramente insensibles como la decisión de Mussolini de destinar a todos los oficiales sicilianos a tierra firme, un gesto evidente de su falta de confianza en los sicilianos. La tarde del 24 de julio se reunía el Gran Consejo, el principal órgano ejecutivo del PNF. Dino Grandi, una importante figura del partido, presentaba una moción para que el rey retomara todos sus poderes constitucionales: era parte de una conspiración muy bien preparada. Tras un largo debate, la moción fue aprobada. Al día siguiente, Mussolini visitó al rey y fue arrestado. El fascismo había tocado a su fin y, a pesar de haber jurado defender al Duce con sus vidas, ninguno de los 4 millones de militantes del PNF mostró el más mínimo signo de resistencia o protesta.